X Semana Santa y literatura

Asunción Escribano

1. Introducción

La Semana Santa es un período de sentimiento extremo para la fe del creyente, quizá por ello ha sido siempre una fuente inspiradora para distintos tipos de textos literarios, especialmente en formato lírico y narrativo, por ser ambos los más adecuados para transmitir una experiencia íntima en la que la dimensión emocional del escritor es fundamental. A ella le han dedicado escritos desde autores clásicos ya consagrados, que claman, con perspectivas diferentes, por el dolor del Dios sufriente, hasta poetas actuales que incluyen en sus versos la emoción doliente o esperanzada de la Pasión. La Semana Santa, o la Pasión de Cristo que la alienta, ha sido siempre, por tanto, una fuente permanente de escritos literarios varios, recreados en cada escritor que se ha acercado a ella. Por ello, desde que se ha celebrado popularmente, han sido numerosas las publicaciones que se han ofrecido como cauce para la difusión de estas vivencias, en las que se suma fe y estética. En estas páginas vamos a centrarnos en las más representativas, tanto en el caso de las revistas como en el de los libros, al tiempo que incluiremos un breve apartado dedicado a los actos literarios y otro, también, a los autores más significativos por su aportación, más o menos directa, a la Semana Santa salmantina. Somos conscientes de que la brevedad a que nos vemos obligados precisa evitar análisis exhaustivos, tanto de los contenidos como de las técnicas literarias empleadas en ellos. No es esa nuestra misión, por tanto, sino hacer balance de la cantidad y calidad de plumas y textos dedicados a este hermoso oficio de alentar la fe, centrada en la Pasión de Cristo y su celebración colectiva en la Semana Santa, con la belleza y la estética de la palabra.

2. Las revistas

A pesar de la multiplicidad de revistas surgidas en torno a la Semana Santa, no han sido muchas las que han realizado una apuesta clara y contundente por la vertiente más literaria de esta. Sin embargo, las que han optado por dicha orientación lo han hecho con una enorme calidad. En este sentido, analizaremos seguidamente dos publicaciones. En primer lugar, *Pasión en Salamanca*, revista en la que se han dado cita los principales géneros literarios: poesía, relato y ensayo. En segundo, *Christus* (en sus dos épocas), revista de distinto carácter, pero en la que también se incluyen con frecuencia, y especialmente en su primera época, textos literarios de autores clásicos. La diferencia entre ambas radica en que mientras *Pasión en Salamanca* ha apostado, sobre todo, por difundir los escritos de autores contemporáneos vivos, cuyas aportaciones literarias han sido predominantemente semanasanteras, con una presencia significativa de salmantinos, *Christus*, por su parte, combinó la difusión de los autores clásicos con los contemporáneos, y sus aportaciones, con frecuencia, fueron más religiosas que de contenido asociado directamente a la Semana Santa, como veremos a continuación más detenidamente.

2.1. *Pasión en Salamanca*

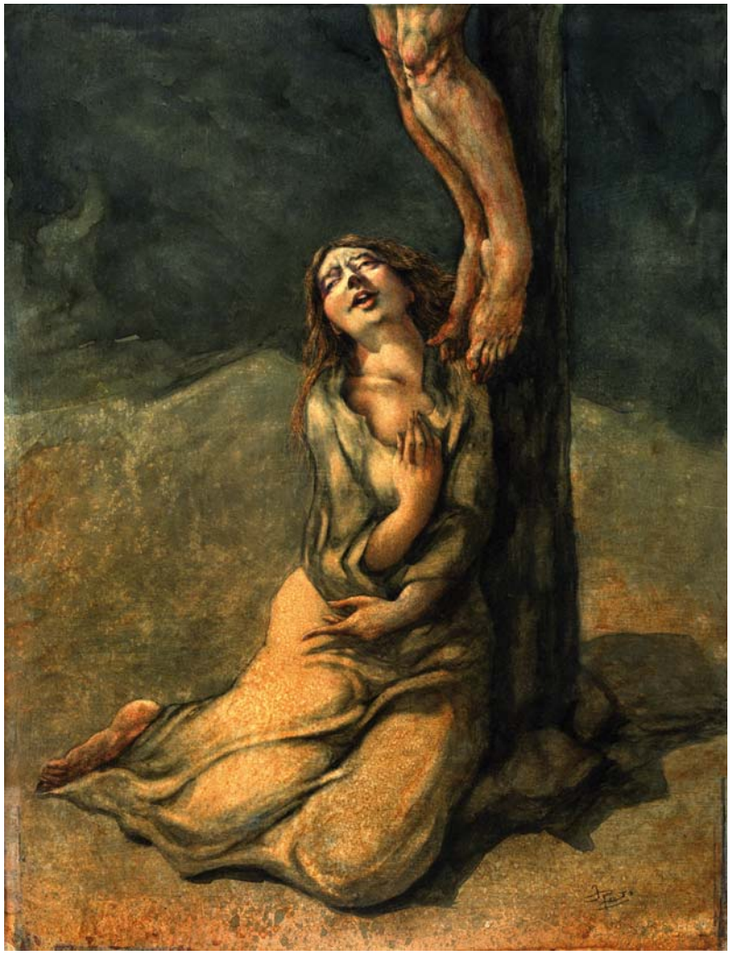
La revista anual *Pasión en Salamanca* nace en 1994. Su primer editorial habla de la razón –en gran parte estética– de ser de la publicación, ya que –según se afirmaba– buscaba despertar los sentidos y llenarlos de belleza. Desde el primer número, por tanto, el planteamiento de esta publicación coincidía con los fines fundamentales de la literatura. Quizá por ello, también desde sus orígenes tuvo la conciencia de la necesidad de incluir textos literarios, en cualquiera de las modalidades textuales que pudieran tener cabida en sus páginas, tanto relatos, como poesía o ensayos literarios… El hecho de que la Semana Santa haya supuesto siempre un periodo experiencial de especial magnitud para la vida de la fe ha facilitado que hayan sido numerosas las plumas que han hecho de la Pasión y Resurrección de Cristo un motivo recurrente en sus obras.

Muchos, como veremos a continuación, han sido los escritores que han centrado sus aportaciones, en esta revista, en el dolor que abre la historia en dos, y que sigue reflejando la certeza por antonomasia: esa que apunta a que solo a la Luz de la Resurrección (a la luz de la Luz) puede cobrar sentido todo el dolor del hombre y del mundo.

2.1.1. La poesía

Desde sus orígenes esta publicación se ha constituido en valedora de dos géneros literarios afines por antonomasia a la Pasión y a la Semana Santa: el relato y la poesía. De esta manera, han sido abundantes los poemas publicados en ella. Pero llama especialmente la atención la calidad del poema –con frecuencia en forma de soneto– de su última página, cuidado al máximo desde el contenido, pasando por la forma o el diseño tipográfico, hasta la estética de la imagen que lo ilustra, un aspecto, este de las ilustraciones, de relevante importancia en la revista. De la misma manera, *Pasión en Salamanca* ha visto salpicadas sus páginas por poemas y poetas diversos que siempre han hecho de esta revista una representación de la mejor y más alta cultura religiosa semanasantera.

Uno de los colaboradores permanentes de *Pasión en Salamanca*, vinculado a ella desde sus orígenes, es el escritor José Manuel Ferreira Cunquero. A él se deben gran parte de los mejores poemas difundidos por esta publicación a lo largo de su historia. Ya desde los primeros números, aparecerán en los poemas de este escritor las características poéticas que le distinguirán. Entre ellas, especialmente significativa es su capacidad de humanizar los paisajes urbanos y naturales, haciéndoles ser protagonistas también del desconsuelo semanasantero. Así se manifiesta en el poema titulado «Calle de la Compañía» (1994), en el que se refleja el transitar del Cristo sobre el paso a lo largo de la calle de la Compañía, y, mediante la personificación, se le atribuyen a la calle las emociones de sus ocupantes («En un halo de plácida ternura,/ las fachadas duermen centenarias […]»). El texto expresa en su léxico la lucha de la luz y la sombra, oposición plástica que caracteriza la escritura de Ferreira Cunquero, simbolizando el propio ser de la Semana Santa, en el que la Resurrección vence a la muerte: la sombra, la noche, el duelo, el luto o la tristeza se contraponen a los oros, los faroles, la armonía o la luz… Y frente a los edificios de piedra, la vida se encarna en «la imagen de un Cristo que en hombros llega», lo que obliga a la propia piedra a bajarse de su altura para acogerlo «en honda reverencia», «con abrazo de piedra». Ferreira Cunquero confronta la luminosidad a la oscuridad, y la piedra a la vida…, y refleja, de esta manera, la perfecta esencia de la Semana Santa. De este modo, el poeta hace fluctuar sus poemas –simbólicamente– de la noche al día, y de la oscuridad a la luz. «Todo es noche» (1999) es, en este sentido, un poema revelador. En él, mediante la construcción anafórica, se produce sensitivamente en el lector la percepción del desconsuelo nocturno. La imagen de Jesús muerto cruza la oscuridad de las calles salmantinas y la ciudad le abraza como madre en su dolor, mientras se escuchan las saetas de fondo. Con planteamiento semejante se articula el soneto acróstico que este escritor elaboró en el 2006, con motivo del V centenario de la Cofradía de la Vera Cruz, en que se humaniza el paso de la procesión a través de la acogida que esta ciudad le hace.



▲ Acuarela con María Magdalena realizada por J. Prieto para la portada de la revista Pasión en Salamanca (2000)

De esta suerte, como hemos señalado, en Ferreira Cunquero se conjugan perfectamente forma y fondo, y sus poemas agregan al dolor de las figuras principales de la Pasión, el de los escenarios que los abrazan a su paso. De ahí, que el poeta dedique parte de su obra a los entornos por los que transcurren las procesiones. Así lo vemos en su soneto «Procesión en Castilla» (1996). En él, esta tierra será la que asuma metonímicamente el sentir de sus gentes, y por ello se acude al color oscuro de fondo (penumbra, negro tul…), como símbolo del martirio, que contrasta con el rojo de la sangre y los claveles (herida, sangre, clavel…). Se traslada, de este modo, la turbación del propio escritor sobre el espacio exterior («pena» sobre la «noche», «mueren las horas» sobre el «ambiente deshecho»). Castilla y sus gentes son el nudo que ata los tercetos finales, el primero de los cuales suma «oración» y «dolor». El segundo cierra el texto dibujando el silencio que se adensa cuando transcurre el paso («mece en hombros el Cristo inerte») y cuando en él pasa la muerte, vocablo final que cierra el proceso que se estableció en la primera palabra, «herida». De la herida a la muerte en 14 preciosos versos. También, otras capitales y otros paisajes participan de esta impresión de pesadumbre. Por ello, en el poema «El Cristo del Amparo» (2000), con Zamora de fondo, las piedras acogen el dolor triste del Cristo con sus luces y sombras que se anudan para expresar la figura física y emocional de este pueblo extremadamente semanasantero.

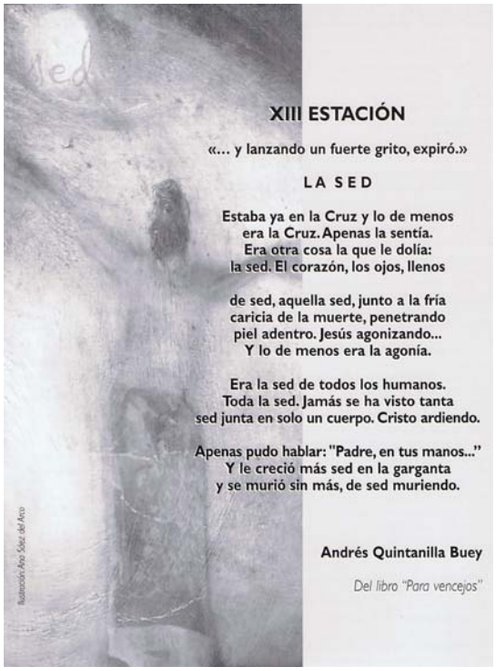
También el trabajo poético del perfecto encaje cromático concede a los textos de este escritor la cualidad de la representación emocional de la Semana Santa. Así lo comprobamos en el soneto final del año 1997, titulado «Calvario», articulado en torno al tormento, al grito y a la tristeza. Es este un texto que resalta la humanidad más física del Cristo que sucumbe, mediante las imágenes del clavel –que simboliza la sangre– y los pétalos –que sugieren las lágrimas–. El fondo fuliginoso hace resaltar los colores a los que la imaginería retórica apunta. El suplicio es tan grande tras el grito, que la propia tarde se personifica para acudir en su auxilio. Los dos tercetos finales son la encarnación del sufrimiento del que surge, en un último latido vital, el pensamiento para los demás hombres, mientras ellos en soledad y silencio dejan expirar al Salvador. Ferreira Cunquero es en este poema el escritor de los contrastes cromáticos y emocionales por antonomasia. El negro, que constituye el marco lírico de la lámina, representa igualmente el luto y la congoja sobre los que se levanta el rojo doliente de la sangre. La palabra del Cristo será siempre solidaria frente al abandono de los hombres a quienes dedica su impulso final.

De igual manera es significativo, desde otra perspectiva, el interés poético de este escritor por todas las dimensiones cristológicas, lo que se manifiesta en varios poemas publicados a lo largo de los años. Como muestra, el soneto al «Cristo Flagelado» (1994) expresa un canto dolorido por el Cristo sufriente, que suma el caminar fatigado con el padecimiento de las heridas de los latigazos. La estructura ternaria permite avanzar desde los dos primeros cuartetos, donde se describen los golpes recibidos por el Cristo, al primer terceto, donde en las lágrimas de este se descubre todo el dolor afectivo –más que el físico– de la traición, para, finalmente, en el último terceto, concluir con la presencia de la muerte en el Calvario. En la misma dirección se plantea el poema sobre el cuadro del «Cristo Yacente» (1995) de Eusebio Sánchez Blanco. El texto resalta la soledad y el dolor del cuerpo roto del Cristo, en el que lo físico y lo mental se confunden, y grito, tristeza, silencio, muerte, son términos que apuntan a la situación física del abandono. Por eso el poeta se pregunta: «¿Dónde están Jerusalén tus gentes?», sugiriendo la permanente traición por el repudio experimentado por el hombre-Dios. El texto termina con idéntica estrofa con la que comenzaba, cerrando en un círculo textual la propia intimidad dolorida del Cristo, encerrado en el dolor propio y en su propia soledad. Pero el Cristo al que escribe Ferreira Cunquero tiene que tener también, esperanzadamente, un rostro solidario. Y así se manifiesta en su poema «Cristo» (2004), inspirado en el del pintor Andrés Alén, donde se reivindica el rostro fraterno del Crucificado, que estuvo con todos los rechazados por la sociedad.

Y junto al Cristo, necesariamente, el poeta tiene que acabar recalcando –si a la Pasión se acerca con la palabra acariciante– en la Virgen y su dolor, tanto mayor cuanto grande es su amor. Y así también dedica Ferreira Cunquero un soneto a la hermosa imagen de Nuestra Señora de las Lágrimas (1995). Ferreira hace contrastar a la Madre que «suplica triste, que abrace,/ ese rumor de silencio que nace,/ al Hijo maltrecho en duelo tan santo». Mientras, de fondo, como paisaje imposible de reconciliar en el corazón, «la cruz, se alza, sobre el calvario», haciendo real la palabra de Dios.

Sin embargo, no hay muerte sin resurrección, y también la dimensión esperanzada del sufrimiento de Cristo tiene su presencia en la poesía de este autor. Precisamente este será el tema central de su texto «Al tercer día…» (1998). En él Ferreira Cunquero resalta la cualidad total del hombre que agoniza, a quien diferencia del resto de los mortales por su extrema capacidad de amor («incendiando de amor nuestra ceguera»). La muerte queda así también superada por la ternura que le da sentido. Los dos hermosos tercetos conclusivos señalan la esperanza de lo que aguarda detrás (pocos son los poemas sobre la Pasión que, en el fondo, no lo hacen). El sepulcro abierto irradia luz y vida (ya no fuego, sino luz blanca). Finalmente,

el afecto extremo por los hombres se proyecta en el tiempo (a través de los signos de la eucaristía simbolizados en el cáliz y la Palabra), constituyendo una trabazón de sentido que supera la historia. El texto se cierra con el término «Palabra» que constituye junto a la expresión «hombre total», con la que comenzaba el poema, la polarización de los dos extremos en los que se vierte nuestra historia como cristianos. Como ha escrito Xavier Pikaza, «allí donde la muerte habría ya vencido, diciendo su última palabra, viene a elevarse la palabra más fuerte de la vida de Dios que le resucita»[1].



XIII ESTACIÓN

«... y lanzando un fuerte grito, expiró.»

LA SED

Estaba ya en la Cruz y lo de menos
era la Cruz. Apenas la sentía.
Era otra cosa la que le dolía:
la sed. El corazón, los ojos, llenos

de sed, aquella sed, junto a la fría
caricia de la muerte, penetrando
piel adentro. Jesús agonizando...
Y lo de menos era la agonía.

Era la sed de todos los humanos.
Toda la sed. Jamás se ha visto tanta
sed junta en solo un cuerpo. Cristo ardiendo.

Apenas pudo hablar: "Padre, en tus manos..."
Y le creció más sed en la garganta
y se murió sin más, de sed muriendo.

Andrés Quintanilla Buey

Del libro "Para vencejos"

Ilustración: Ana Sáez del Arco

▲ Poema de Andrés Quintanilla ilustrado por Ana Sáez, 2002

RABÍ ENHIESTO

Recoged en las rosas ese gesto
de señor de los cóndores: caliente
su sangre aún: enhiesto entre la gente
su torso –ya no mío–, siempre enhiesto.

Era Dios y era hombre. Y era esto
lo que quebró mi vida incandescente:
yo quise amarlo solitariamente;
él os amaba... y ocupó su puesto.

Ni en mi cuello, torzal de mariposas,
ni en mis pechos, prestísimos imanes,
ni en mi regazo caracol reposas.

Fuego que pierda yo, hielo que ganes:
mirlo de vidrio, novio que rebosas
pedacitos de peces y de panes.

ANTONIO SÁNCHEZ ZAMARREÑO

"Nazareno", de Andrés Alén

▲ Poema de Antonio S. Zamarreño ilustrado por A. Alén, 2006

Junto al escritor J. Manuel Ferreira Cunquero, varios son los poetas que han colaborado, y que lo han hecho con enorme calidad, en *Pasión en Salamanca* a lo largo de los años. Entre ellos, hay que citar en primer lugar a un magnífico sonetista, Francisco Soto del Carmen, quien publica en el primer número de la revista un soneto titulado «Siete palabras». En él se sirve de una serie de metáforas encadenadas que representan líricamente las tradicionales 7 palabras –en los cuartetos iniciales– y con las que asciende de lo más terrenal (el río) a lo más elevado (el vuelo); al tiempo que con ellas sintetiza los cuatro elementos constituyentes de la vida (agua/torrente; tierra/rosa; fuego/brasas; aire/vuelo). Los tercetos, por su parte, humanizan a Dios, desde la palabra, el llanto y el dolor experimentado, «palabras de puñal y quemadura», a la vez que se insinúa detrás de esta vivencia al Dios que aguarda «dulce miel y amor estremecido». El final se dirige a los hombres para invitarlos a la oración, en la que «abrir el alma y esperar la aurora». La esperanza se constituye así como nudo que da sentido a todo. Y esperanzado es también en su término el soneto «Cruz» (1995), donde este poeta esculpe con metáforas el dolor del Señor en la cruz. El desconsuelo del Cristo se extiende de esta manera, a través de los símbolos a todas las dimensiones de la vida. La desolación del Cristo va transitando por los variados estados naturales de la materia, viviendo en ellos su dolor, y haciéndolos perdurar por él, también, para en su transfiguración seguir redimiendo al mundo.

Soledad de los Ángeles, por su parte, publicó en 1998 el poema titulado «A la hermandad de N. P. Jesús Flagelado en su 50 aniversario». En él se poetiza el encuentro de un nazareno con la imagen de Jesús flagelado. Los primeros versos, de carácter descriptivo, se centran en la pintura dolorida del penitente: túnica negra, oración, rosario en una mano y cirio en la otra. En un segundo momento se produce el encuentro y, a partir de él, el recuerdo del martirio. Finalmente, el poema, mediante el recurso retórico de la personificación, alude a la soledad que envuelve a la Clerecía sin la presencia del Cristo, símbolo de la que experimentó el mundo tras su muerte. También, en esta dirección, José Manuel Regalado publicó el soneto titulado «Columna» (1999), dedicado a la figura en mármol del Cristo sufriente. El poeta describe en él, hermosamente, la pasión de la carne, cuyo dolor se proyecta en la piedra que obra el milagro de la transmisión del sufrimiento. E igualmente

1 *Camino de Pascua, Misterio de gloria*. Sígueme, Salamanca, 1996, p. 21.

lacerante es el soneto final de Raúl Vacas Polo, titulado «Getsemaní» (2000), en el que, mediante una preciosa serie de imágenes descriptivas («El huerto es un encaje de tristeza»…), se avanza desde el dolor del Cristo hasta su muerte, pasando por su oración y sus palabras.

Otros autores que contribuyen con sus versos a la calidad de esta revista son: F. Díaz del Castillo, quien publica un poema titulado «Desde las lágrimas de Nuestra Señora» (2001), en el que, mediante una primera persona lírica, el poeta se identifica, a partir del lamento de Nª Sra. de las Lágrimas de la Hermandad de Jesús Flagelado, con la ribera de un río y con la hierba, y suma la declaración final de su amor a la petición de que cese su llanto. Asimismo, Antonio Colinas será el autor del poema final de 2001. Tomado de su libro *Los silencios de fuego*, el texto recrea simbólicamente la victoria de la luz sobre el dolor. Triunfo que se esconde para este escritor detrás de una serie de símbolos que se expresan plástica y físicamente en la primavera, igual que aguardan en el interior del hombre que vive la Semana Santa. Como escribe el poeta, recordando su infancia: «En aquella Semana de Pasión/ tenía que florecer todo el dolor del mundo». Este mismo escritor será quien abra el número del 2005 con su poema «De la semana de pasión», en el que, como en otras ocasiones y en otros formatos, insiste en la importancia de la infancia como tiempo configurador de emociones.

Luis Frayle Delgado, por su parte, publica un texto poético titulado «Calle procesional» (2002). En él, las calles salmantinas ocupan el lugar de acogida de la procesión, y las torres, levantándose sobre la nieve horizontal, ejercen alzadas de tramoya preciosa. El Cristo cruza la travesía de la calle de la Compañía entre piedras y oscuridad y, ante la Dolorosa, el silencio intensifica la angostura de esta calle alzada frente al tiempo. Este mismo año, Andrés Quintanilla Buey será el responsable del poema inserto en la página final. Este conseguido soneto, titulado «La sed», pronuncia, mediante la anáfora inicial de este término, la intensidad de un padecimiento extremo. Lo de menos es la Cruz, señala el poeta, la agonía.., la sed es lo terrible.

Desde el punto de vista femenino, Mercedes Blanco, en su poema titulado «Cristo y una mujer» (2003), expresa el consuelo que la madre entrega al Señor en su agonía. El Cristo camina dolorido hacia el Calvario, solo, pero con el beso de la madre detrás, quien le arropa y conforta en su calvario. Rescatando este padecimiento agudo de la madre, esta escritora vuelve a hacer hincapié en ese dolor extremo e inimaginable de la mujer en un poema posterior: «Dolor de una madre sola» (2006). En esta dirección, también recala en el sufrimiento maternal el escritor Jesús Hilario Tundidor en su soneto «La Pietá (Michelangelo Buonarrotti)» (2003). En él, el dolor de la madre se hace intensamente hermoso, con la contradicción que esto supone, en la materia. A su vez, Ángel M. de Pablos firmará dos poemas dedicados a La Soledad de la Virgen (2004). El primero titulado «Procesión Salmantina de la Soledad», en el que se hace patente el contraste cromático entre el luto de las calles, el cielo y las túnicas, y las mejillas y la sangre de la Virgen, quien, con encajes blancos, sale a buscar a su Hijo. El dolor es transmutado en una experiencia universal, compartida por piedras, estrellas, y –por supuesto– por la tristeza de los salmantinos. El segundo, «Ofrecimiento a nuestra Señora de la Soledad» es un soneto en el que se expresa el deseo del autor de transmutar la aflicción de la madre por el amor, la compañía y la voz hecha ternura de quien escribe. José María Muñoz Quirós, por su parte, publica el soneto final de este mismo año, titulado «La Piedad», donde la anáfora inicial que repite el término «dolor», sirve para realzar la parte más impactante de la Pasión para un cristiano: el sufrimiento de la madre. A esta la asociará metafóricamente con el cristal, la lluvia, el vuelo, el desierto… para concluir en los últimos versos con dos términos emocionalmente tan expresivos y contundentes como «abismo» y «desolación».

Otro poeta magnífico cuya firma ilustrará esta revista es el dominico Emilio Rodríguez, quien protagoniza la página final con su texto «La oración en el huerto» (2005). En este poema se expresan los dos momentos de la oración en el huerto: el del silencio y soledad inicial y el del posterior prendimiento con su humillación y dolor. También el profesor Antonio Sánchez Zamarreño será el responsable de ese ya antológico soneto final con su poema «Rabí enhiesto» (2006), texto dedicado por este magnífico poeta a la muerte del Cristo. El texto, cargado de símbolos hermosos, muestra la contradicción sentimental del ser humano ante esa desconcertante doble naturaleza del hombre Dios.

La poeta Carmen Álvarez dedica un poema a su experiencia como creyente ante la soledad del Cristo en la Cruz (2007). Y le pide a Dios consuelo, amor, entrega y unión para vencer la muerte. En estas mismas fechas Francisco Mena Cantero escribe el poema de la última página, titulado –precisamente– «A Cristo en la Cruz», en el que el escritor se pregunta por el pesar del Cristo, y por su desamparo, identificándose, como hombre, con el sufrimiento de aquel. En la misma dirección, y destacando esa misma consonancia

humana con Cristo, Inés María Guzmán publica «Qué me duele Señor» (2008), soneto en el que la poeta, en primera persona, asume y hace suyo el dolor del Cristo en el costado, las espinas y el tormento.

Desde la solidaridad, José Luis Puerto adorna la página final de la revista del 2008 con una oración poema en la que identifica el dolor del crucificado con el de los que sufren en el mundo, al tiempo que pide piedad para víctimas de esta situación, y también para los culpables. De la misma manera habla del sufrimiento María Luisa Mora Alameda, quien escribe «Dolor compartido» (2009) y, desde la experiencia propia del padecimiento, la autora da sentido a su propia pasión personal a la luz de la soportada por Cristo. Finalmente, Enrique Barrero Rodríguez protagoniza con su soneto «Flor de azahar a Salamanca y su Semana Santa» (2009) la última página de este año. En él vincula Sevilla a Salamanca, ofreciendo como mediador el naranjo y su flor para ser colocado a los pies del Nazareno[2].

▲ Collage de A. Alén para ilustrar

▲ Acuarela de F. Mayoral para ilustrar un poema de Carmen Álvarez

2.1.2. El relato

Quizá por ser el relato un tipo de textos en el que la narración de sucesos reales se mezcla con la invención personal, aporta tanto juego a los escritores dedicados a la Pasión y a la Semana Santa. Por ello no extraña que *Pasión en Salamanca* haya contado también desde sus primeros números con magníficos autores de relatos. Entre ellos, se sitúa en un lugar privilegiado Ignacio Carnero, que en el número de 1996 comienza una serie de relatos que durante los años posteriores ocupará un lugar central en la revista. En este primer texto, se darán ya cita las características narrativas que después se repetirán en el resto de la serie, constituyendo –así– un modelo de narración sobre la Pasión del Señor muy original y cuidada. En él, la historia de la crucifixión es vista desde otro ángulo desacostumbrado: el del crucificador que da título al relato. La mirada de la víctima –Cristo– le conmueve, y le deja también herido por la inesperada paz que emana. Una mirada, a la que se suma la sonrisa y caricia en la mano cuando va a sujetar el clavo, desconcertarán al protagonista hasta el punto de estar dispuesto a renunciar a seguir cumpliendo con su misión. Será el propio Jesús –junto con la multitud que de fondo le arenga– quien con su gesto le anime a continuar cumpliendo con el trabajo que le da el sustento familiar, mientras suplica al Padre el perdón por la inconsciencia humana. Es entonces cuando le reconoce como el Mesías esperado, y ante el cúmulo de certezas emocionales, cae mareado y es recogido por el brazo todavía no apresado en la Cruz de Jesús, hasta que un soldado lo retira y sustituye.

La figura de Betsabé protagonizará el relato titulado «El manantial de las palabras» (1997). En él, este personaje sube hacia el

2 Junto a los autores citados, con el seudónimo de Barandales en el número de *Pasión en Salamanca* del 97 se publica el poema «Flagelación», dentro de la sección «En el miércoles santo salmantino». En él, desde el dolor del látigo se pasa a rescatar la parte más humana del Cristo que sufre por nosotros. Concluye el poeta que en la muerte se esconde la espera de que haya algo que comparta con rostros «la paz que ansiamos».

▲ Dibujo de Jerónimo Prieto para ilustrar una narración de I. Carnero

▲ Ilustración de J. Prieto para un cuento de José G. Torices

Calvario al encuentro de aquel hombre del que dicen que devuelve vista, palabra y cuerpo. Al escucharle pidiendo perdón al Padre para todos lo que le han causado la muerte, recobra la voz y, a partir de ese momento, repetirá sucesivamente ese hermoso mensaje. Los dos ladrones que mueren junto al Señor protagonizan «El día de las tinieblas» (1998). En este texto, el escritor describe el encuentro y la transformación de Gestas, a quien el relato evangélico sitúa como el mal ladrón, frente a Dimas. Así, la coincidencia con Cristo en la Cruz le va a permitir ser rescatado de su ceguera interior, y redimido por la palabra de Cristo, mientras se escucha el paisaje de fondo quebrarse como la vida del hombre-Dios que expira.

Otro de los personajes que ocupa la atención de Carnero durante estos años es «Lázaro, que resucitó de entre los muertos» (1999). En esta narración, Lázaro se duele de no poder hacer con su amigo Jesús lo que este hizo al resucitarle. El encuentro de Lázaro con el Jesús muerto empuja al dolorido protagonista a preguntarse cómo pudo morir quien regaló a otros tanta vida. Reflexión semejante centrará «El decimotercer apóstol» (2000), narración en la que Malco, el siervo de Caifás a quien Pedro corta la oreja y Jesús sana de nuevo, ante el encuentro con Cristo, comienza a considerar si no se estará equivocando con ese hombre. Malco asistirá a la negación de Pedro, y será él quien lo reconozca, comenzando así su labor evangelizadora. También Pilato en «Las manos de Pilato» (2001) sentirá enrojecidas sus manos por la culpa. Ante el miedo de una condena permanente, y la posibilidad de haber castigado a un inocente, se despoja de sus galas y se va al Gólgota, de donde huye ahora la gente. Ahí pide perdón a Cristo, y recoge una gota de sangre que cae de su cuerpo. Ante el milagro de que esa gota le limpie el color teñido de sus manos, se retira de la vida pública y acaba predicando la fe cristiana. «Jesús Barrabás» (2002) será el protagonista a quien se libere, gracias al clamor rugiente de la multitud que prefiere recatarlo antes que a Cristo. Al llegar la noche no puede evitar tampoco acercarse al Gólgota, donde se encontrará con el dolor del Nazareno que sentirá como suyo.

Por su parte, «Lisia (la última hermanastra de Cristo)» (2003) asiste a la progresiva oscuridad del cielo y a la posterior luz (también dentro de ella). Comenzará entonces a correr y sus lágrimas harán que de las espinas de la corona renazcan rosas. En «El réprobo de Kariot» (2004) a Judas en la huida los remordimientos le abrasan físicamente y todo lo que toca se le vuelve ascua. Entre remordimientos y pesares se pregunta por qué tuvo que ser él quien cumpliera la profecía que se había anunciado tres años antes. Por su parte, «El joven que huyó desnudo» (2005) nos muestra a Marcos, ya anciano, preguntándose –mientras recuerda los milagros y la última cena– por el rumbo de la historia si hubiera accedido a la petición de Judas de que le diera muerte.

Siguiendo la serie, en el año 2006 este escritor da a conocer «La efigie indeleble», donde se narra el encuentro de la Verónica con Cristo, y el dolor de aquella ante su muerte. El gesto del rostro en el lienzo será una señal de bienaventuranza del Señor hacia ella. Asimismo, en «Los cuatro clavos» (2007), Josetos –el carpintero– va a ver abrasadas sus manos por los clavos quitados al Cristo. Esto le llevará a sentir un intenso arrepentimiento y a lanzarlos a un precipicio. Pero los volverá a encontrar al llegar a casa, colocados en su banco de trabajo, en forma de cruz.

Además de los relatos sobre la Pasión de Ignacio Carnero, esta revista ha ido dando cauce, en los sucesivos años, a las narraciones secuenciadas en bloques temáticos de otros autores, entre los que se encuentra Francisco Soto del Carmen. Este escritor lleva a cabo una sucesión de relatos, de cierto carácter reflexivo ensayístico, en los que se van desgranando las últimas palabras pronunciadas por Jesús en su Pasión. El primero de ellos se titula «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (1996). En él, el escritor se dirige a una segunda persona representada por Cristo, rememorando su crucifixión y proyectando el terrible suceso en la actualidad. «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (1997), es un texto cargado de lirismo en el que se relata el encuentro de Cristo con el malhechor, transformado por las palabras que dan título al relato. Siguiendo el hilo de los mensajes de Cristo antes de morir, en 1998 Soto del Carmen escribirá un texto dedicado a la expresión «Mujer, he ahí a tu hijo» «he ahí a tu madre», en el que mediante el recurso de una segunda persona dirigida al Cristo, el poeta le transmite sus preguntas sobre la vigencia actual de sus palabras, y resalta el valor de la madre sufriente, que queda consagrada como madre de todos los hombres para siempre.

▲ Dibujo de Jesús Velasco para una narración de Ricardo Fernández

▲ Acuarela de J. Prieto para un cuento de José G. Torices

Avanzando en la sucesión de expresiones afirmadas por Cristo en el momento de su muerte, este escritor se va a ocupar del abandono. De este modo, el texto «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (1999) resalta la soledad de ese instante en el que Cristo se siente profundamente solo y desamparado en su humanidad por el Padre y por los hombres. El poeta le pregunta a Jesucristo la razón de esa expresión tan escandalosa para muchos, y la respuesta que ofrece al lector es la de la «redención» por todos los que sufren. «Tengo sed» (2000) será el motivo del siguiente mensaje. Una sed fisiológica que ocultaba detrás otra simbólica, que ya había sido expuesta cuando Jesús pide agua a la samaritana y habla de un agua «viva» que quita la sed para siempre a quien la toma. También en el templo de Jerusalén, en Cafarnaum y en una de las bienaventuranzas se había referido a esa sed de algo superior. Hoy, considera Francisco Soto del Carmen, hemos inventado cada uno nuestro Cristo a la medida de nuestra sed. Solo la saciaremos cuando saciemos la del hermano. «Todo está cumplido» (2001), por su parte, anuncia el fin. Sobre estas palabras se asienta la duda del escritor sobre si está todo dicho. Todo lo dijo Dios en Cristo, responde el autor, y hace un recorrido por los actos de la vida pública de Jesús para comprobar cómo en palabras o hechos se dijo a sí mismo y a Dios, su padre. Por último, «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (2002) habla de la confianza. Lucas es el único que relata la 7ª palabra de Cristo, con la que Soto del Carmen concluye su contribución seriada en esta publicación. De nuevo mediante una segunda persona y un texto muy cuidado, el autor describe este grito que resuena en la historia, cuando al Cristo no le quedan ya fuerzas, y que dice que, aunque hay muchas muertes cotidianas, detrás de ellas siempre están las manos de Dios. Francisco Soto del Carmen finaliza así el sermón con el que predicó el Viernes Santo de 1977, el 8 de abril, en la Plaza Mayor de Valladolid, y que fue retransmitido por Radio Nacional. Fallecido el escritor en 1988, la publicación le rindió un hermoso homenaje de reconocimiento con la publicación de estas palabras recreadas por su magnífica mano.

También el escritor Ricardo Fernández forja una cadena de relatos personales sobre Cristo, con los que ofrece al lector, en sucesivos números de la revista, un mosaico precioso con el que recrea de manera creativa la historia más grande a la luz de los personajes en su momento más desafortunado, de los que, con su pluma y en primera persona, como si los mirara por dentro, se compadece. Comienza, así, con un texto que titula «Yo, Judas Iscariote, 'el traidor'» (2000). En él, el protagonista se dirige a los lectores y se presenta como el único del grupo que sabía leer y escribir, como el intelectual que llevaba las cuentas. Se muestra ante ellos orgulloso, ya que era el único capacitado para liderar la causa, puesto que, como dice: «con frecuencia los menos capacitados han de convertirse en jefes». En la misma dirección, el protagonista de «Yo, Poncio Pilatos. 'Sí, me lavé las manos'» (2001) se justifica tras la muerte por la obligación a que le condujo su puesto en la historia, relativizando su culpa ante el tiempo. Por su parte, «Yo, Dimas. El buen ladrón» (2002) relata el pecado del protagonista, que se confiesa como un zelote idealista que acosaba a los romanos invasores. Afirma que la condena a muerte estaba reservada a los sediciosos y no a los ladrones que eran vendidos como esclavos o como soldados de primera línea. El protagonista no se reconoce como ladrón, y por tanto considera que el título de «buen ladrón» le hace mucha gracia. Relata cómo el encuentro con Cristo y su mirada le cambia la vida por dentro. Invita a los lectores a que pidan que alguien les abra los ojos. También en «Yo, Simón Pedro. Sí, dije que no lo conocía» (2003) se cuenta la visión de este momentáneo «traidor». Pedro se queja de haber pasado a la historia como el que negó a Jesús, pero nadie dice que estuvo a su lado. Está seguro de haber sido escogido para ser su máximo representante por su sinceridad. Reivindica que se le recuerde como defensor del amor, de la amistad y del compañerismo.

Por otro lado, en «La Magdalena. 'Yo no estaba bien vista'» (2004) la protagonista reivindica su papel al lado de Cristo en el momento de la muerte y resurrección, a pesar de no haber sido bien considerada por todos los que rodeaban al Señor. «Yo, Rey Herodes. Fue cuestión de competencias» (2005), por su parte, establece un diálogo entre el protagonista y su conciencia en el que se exponen las razones de Herodes, y se justifica su actuación desde la lucha de competencias con Pilatos. Caifás será el protagonista del texto «Yo, Caifás: sumo sacerdote. Sí, me rasgué las vestiduras» (2006). En él Ricardo Fernández analiza, desde la perspectiva del protagonista, cómo, a causa de este gesto de simbolismo para los judíos, pasó a la historia como un hipócrita, pero justifica su acción por la situación sociopolítica de tensión entre romanos y representantes políticos judíos.

Simón de Cirene será el personaje central del relato en «Yo, Simón de Cirene, padre de Alejandro y Rufo» (2007). En el texto este protagonista justifica su negativa a que se le relacionase con los seguidores de Cristo, y defiende el protagonismo de sus hijos, quienes se enorgullecieron cuando se enteraron de que su padre fue obligado a cargar con la cruz por los soldados romanos. El relato titulado «Mujeres de Jerusalén. Nosotras no le abandonamos» (2008) es una reivindicación del papel femenino de la narración evangélica. Paradójicamente, las mujeres pudieron estar junto al Señor en el momento de la muerte por ser un grupo despreciado socialmente y no generar desconfianza. Por su parte, «El centurión romano» será el personaje central del relato del 2009. El subtítulo resume la idea central del texto: «Yo, me limité a cumplir con mi deber». Y así a lo largo de la narración en primera persona relata su experiencia personal y su encuentro en la cruz con el Cristo al que reconoce por las señales posteriores a su muerte.

Para finalizar este apartado, otro de los magníficos relatistas con los que cuenta esta publicación es José González Torices, quien escribe en el número de 2008 «El Cristo de las golondrinas», un precioso relato sobre un hombre llamado Judas a quien el pueblo le atribuye la desaparición del Cristo de las golondrinas. Una vez descubierto el verdadero culpable, cuyo hijo está enfermo, sale el Cristo en procesión, mientras los pájaros acompañan el lecho del niño enfermo. Torices volverá a colaborar con la revista al año siguiente, y publicará «La niña de los cuchillos del aire», una hermosa narración en la que una niña se compadece de la Virgen de los siete cuchillos y se los arranca, dolida por el dolor ajeno –y propio– de la madre.

2.1.3. El ensayo literario

El ensayo literario es un tipo de texto con amplia tradición ya a sus espaldas, caracterizado por su finalidad reflexiva y estética, en el que se hace uso de distintos recursos literarios. Presenta, por tanto, la dificultad de ser reconocido como tal, ya que obliga antes a delimitar el concepto de «lo literario». Como esta reflexión está fuera del planteamiento de este estudio, nos limitaremos a afirmar que consideramos como tales a aquellos textos que, bien presentan una clara voluntad de estilo, bien están escritos por literatos de reconocido prestigio, o bien hacen gala de un profundo conocimiento de referencias literarias a partir de las cuales construyen su alocución. Así incluimos aquí las colaboraciones de Torrente Ballester, Antonio Gala y Antonio Colinas, y, aunque no pueda considerarse ensayo literario estrictamente, también las críticas literarias

realizadas por A. Escribano y la de F. Rodríguez Pascual.

Desde el primer número de esta publicación salmantina, nos vamos a encontrar con autores de gran relevancia intelectual. Entre ellos, sobresale, en primer lugar, Torrente Ballester. Este escritor aportará a la revista durante sucesivos números un artículo ensayístico literario anual, en el que sumará su perspectiva de creyente a la del escritor. En el primer número reflexiona sobre la doble dimensión de la Semana Santa: la conmemoración eclesial, dentro del calendario litúrgico, y la que celebran los cristianos en la calle. Así se suma liturgia y paraliturgia, y este doble espacio celebrativo se extiende por los distintos países. La liturgia finaliza el Domingo de Resurrección, sin embargo, el carácter dramático del pueblo ibérico hace que la crucifixión y el entierro sean momentos culminantes, y en ellos se añade lo universal a lo local. En 1995, Torrente Ballester difunde un artículo reivindicativo de la vertiente popular de la Semana Santa, en el que incorpora la solicitud para conseguir añadir a la dimensión más culta, la vertiente pública y popular de esta festividad. Señala, así, cómo, a partir de la exposición en la calle de las imágenes, se busca hacer partícipes a todos de los aspectos sagrados de esta conmemoración, y muestra como ejemplo la entrada de Jesús en Jerusalén a lomos de una mula y su muerte para la salvación de todos. En 1996, año en que además es pregonero de la Semana Santa salmantina, este escritor recordaba en su texto la Semana Santa anterior al Concilio Vaticano II. Rememoraba la denominación del Sábado Santo como el de Gloria, la prohibición de comulgar del viernes y cómo se guardaba el jueves la Sagrada Forma hasta llegar al Domingo de Resurrección. En 1997, Torrente Ballester defiende esta celebración como conmemoración litúrgica anual que culmina con la resurrección. El escritor con una hermosa imagen que va más allá de lo puramente literario imagina a Jesucristo, en el tiempo que va del Viernes Santo al Domingo de Resurrección, llamando a los muertos por su nombre antes de resucitar, igual que supone que hará con nosotros. También escribe Torrente Ballester sobre la imagen de Cristo, su representación artística y su modificación histórica, en el ensayo titulado, precisamente, «Cristo» (1998). Las primeras representaciones lo presentan joven y sin barba, imagen esta que se incorpora pronto al imaginario colectivo. Cada representación posterior será hija de su tiempo se vinculará a la procedencia de los artistas y órdenes que los harán figurar en relación con su propia concepción.

▲ Ilustración de Salud Parada para un texto de A. López Quintás

Desde otra perspectiva, el escritor Antonio Gala dedicará un artículo literario en 1996 a las procesiones de Semana Santa. Centrándose en las andaluzas, explica su sentido desde una doble dirección: la redención de la humanidad, y la coincidencia anual con la primavera. Como buen conocedor de esta celebración, resalta de ella la parte más vital, recordando lo que tiende a olvidarse: que Cristo es único sea cual sea su imagen procesional. Por su parte, Antonio Colinas escribe un ensayo lírico titulado «Un tiempo de renacimiento» (2003) en el que separa el tiempo externo del interno. Entre los dos domingos –sostiene el escritor– todo revuelve la conciencia del hombre. Este espacio resulta sobre todo memorable en la infancia, donde se aprende que, frente al dolor adulto, al hombre le queda siempre la esperanza. Al año siguiente, su texto «Retorno de un tiempo esencial» plantea lo sagrado como una presencia que acompaña desde la infancia. El tiempo de la Semana Santa es un revivir, así, de los símbolos y señales primeros. En la Pasión de aquel tiempo pesaba la muerte, pero también la prueba, lo justo, la piedad y el amor. Este sustrato será necesario después para entender nuevas dimensiones vivas de la existencia. El planteamiento sobre la sacralidad de la realidad centrará el contenido

del ensayo titulado «Sobre otra realidad» (2007). En él el poeta reflexiona sobre la necesidad de velar por la armonía en tiempos convulsos y, en este sentido, la Semana Santa es para él un momento simbólico, especialmente tras su viaje a Israel. También la desarmonía será tema central de «Días para una nueva vida» (2008), y en el que el escritor vuelve a defender la Semana Santa como tiempo privilegiado para tomar conciencia de lo sagrado y dar nuevo sentido a la vida.

Dentro de la crítica literaria que incluye esta publicación, a partir del 2002 comienza la revista una serie de textos sobre libros centrados en la Pasión, a cargo de Asunción Escribano. El primero de ellos, titulado «Sinfonía apasionada» sobre las *Figuras de la Pasión del Señor* de Gabriel Miró, rescata la colección de estampas que este escritor hace a partir de las figuras que forman parte del fresco de la Pasión. Así como teselas que juntas cobran la fuerza de apuntalar la figura de Cristo, los distintos personajes del relato evangélico simbolizan en la obra de este escritor al cristiano de a pie, con sus luces y oscuridades. Al año siguiente, será Giovanni Papini el protagonista del análisis. En este sentido su *Historia de Cristo* reflejará un nuevo modo de ensayo religioso con gran intensidad lírica desde el fervor de la conversión. «La pasión acariciada de Fray Luis de Granada» (2004) se centra en la *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo* de este autor. En siete días y con estructura dual: exposición descriptiva y comentario emotivo, los 7 días transitan desde el regalo de la comunión hasta la resurrección. De esta manera, el autor reflexiona con los protagonistas sobre el sentido del dolor. El «Stabat Mater», lugar común de la cultura musical y literaria de todos los tiempos, será el centro temático del 2005. Por otro lado, en «El Dios hombre de Lope de Vega» (2006) se analiza el *Romancero espiritual* de Lope de Vega, un vía crucis poético de los momentos claves de la pasión. *Vida y misterio de Jesús de Nazaret. La Cruz y la gloria* de José Luis Martín Descalzo será el libro analizado en el texto «La gloria de la Cruz» (2007), en el que se resalta cómo para este autor cruz y gloria se identifican. *El Cristo de Velázquez* de Unamuno, por su parte, será el centro de atención del artículo: «La humanidad poética de Cristo» (2008), en el que se examina la visión unamuniana del Cristo velazqueño, situado entre el análisis estético y el intensamente personal, y en el que se mezcla la escritura y la vida. Finalmente, en el artículo «El principio de incertidumbre en los relatos de la Pasión de Ignacio Carnero» (2009) se hace un recorrido por la genial caracterización literaria de los protagonistas de un relato paralelo al de la Pasión de Cristo, representado por actores principales o secundarios, y en el que este magistral escritor desvela otras pasiones menores que los evangelistas no alcanzaron a narrar. Y si con el texto anterior se analiza al mejor relativa de la Semana Santa salmantina, en 2010 se estudia la figura de José Manuel Ferreira Cunquero en el artículo «Policromía de la Pasión».

También puede considerarse como ensayo literario crítico la aportación a la revista del antropólogo cultural Francisco Rodríguez Pascual titulada «El Cristo de Chesterton» (2007), cuya tesis es que Chesterton siempre confió en que al final triunfaría el proyecto divino.

2.2. *Christus*

Desde los primeros números de esta señera revista se contaba ya con textos literarios, tanto de autores clásicos como de contemporáneos, como forma de dar calidad y vincular esta hermosa tradición de la Semana Santa a su vertiente cultural. Un grupo importante de contenidos literarios clásicos difundidos por esta publicación están, por tanto, vinculados a la Pasión de Cristo o a su celebración en la Semana Santa, desde perspectivas variadas. Otro es de temática

FLORES DE PASION

Por MIGUEL R. SEISDEDOS

EL RUISEÑOR DEL OLIVO

LA MIRADA

LA BOFETADA

SOÑE QUE MUY LEJOS...

EL LIRIO del CALVARIO

Emilia-Antonio

Perfumería para regalos
Productos de belleza
Perfumes a granel

▲ Doble página de la revista *Christus*, 1954

religiosa, y se justifica desde la experiencia cristiana expresada en él. También se incluye, de la misma forma, algún relato de mayor o menor carácter lírico o ensayístico, y leyendas variadas que circulaban en boca del pueblo.

Muchos serán los autores que salpicarán con la estética de su escritura las páginas de esta revista a lo largo de su larga trayectoria. Por la limitación de este estudio no podemos nombrarlos a todos, pero sí nos parece obligado citar aquí, por su calidad y reconocimiento, a los siguientes: Lope de Vega, entre cuyos textos, gran parte procedentes de su *Romancero espiritual*, están: «¿Por qué me has desamparado?» (1941), «¡Oh vida de mi vida, Cristo Santo!» (1941), «Manso Cordero Ofendido» (1943), «El entierro de Cristo» (1945), o «Ecce homo» (1950); Miguel de Cervantes con su texto «A ti me vuelvo, gran Señor, que alzaste» (1941); Francisco de Quevedo, que publica «El ver correr de Dios la sangre clara» (1941); fray Luis de León, del que aparece el soneto eucarístico, dentro de la sección Poesías místicas del siglo XVII, titulado «Si pan es lo que vemos…» (1942). También se difunden de Miguel de Unamuno los poemas «Eucaristía» (1943 y, de nuevo en 1952) y «Sangre» (1944); de José M.ª Pemán se da a conocer: «Al Cristo de la Buena muerte» (1945 y 1947); de José María Gabriel y Galán en 1954 se publican los poemas: «A la Definición dogmática de la Inmaculada concepción» y «Soledad»; de Juan Nicasio Gallego se publica su soneto «A Judas» (1946); y de Manuel Machado se publicará «La saeta» (1947 y 1957). De igual manera, nos encontramos –entre las firmas más prestigiosas del momento– con Jesús Ricardo Rasueros, con «Flores y estrellas en ruta del Calvario» (1952) o «In Tenebris lucet» (1953); con Rafael Laínez Alcalá, de quien leemos en estas páginas sus textos «Domingo de Resurrección en Salamanca» (1952) y «El Cristo de las Batallas» (1953)[3].

También están presentes en estas páginas los contemporáneos Delfín Val Jarrín, uno de los fundadores de la revista, quien da a conocer en *Christus* el romance «Leyenda de un Cristo dos veces muerto» (1949 y 1960), y el largo poema «Mañana del Viernes Santo» (1952); y el prolífico Miguel Rodríguez Seisdedos, de quien se pueden leer en *Christus* los «Sonetos de Pasión» (1947 y 1955), «El gran mandato» (1949), «La oración del huerto» (1949), «Los azotes» (1949), «¡Ecce Homo!» (1949), o los numerosos versos publicados en la sección titulada «Flores de pasión», que comenzará en 1952 y continuará año tras año hasta su fallecimiento.

Junto a todas las citadas, otras firmas que aparecen durante esta primera época con relatos o textos reflexivos de carácter más o menos lírico o ensayístico, en los que se recrean literariamente pasajes de la Pasión, serán fray Luis de Granada, M. Fernández, J. Ortiz de Pinedo, Concha Espina, Gabriel Miró o Paul Claudel.

La segunda etapa de esta publicación, a partir del 2000, dedica las primeras páginas a un texto introductorio de Alberto Estella en el que se refiere al contenido religioso literario de la primera época de esta revista, que en palabras de este intelectual «era excelente, con reproducción de poemas o pasajes de nuestros místicos, o de escritores clásicos; y artículos, versos, leyendas u opiniones de clérigos y seglares, algunos anónimos, de bastante calidad»[4]. Esta segunda etapa, que comienza en el 2000, cuidará también sus textos literarios, pero reducirá en número la presencia de estos. Sin embargo, se creará una sección, «Rincón poético», donde aparecerán numerosos escritores contemporáneos. Así, entre las firmas presentes están José Ledesma Criado, Trinidad Aldrich, Julio González Sánchez, Aurelia Herrero Fernández, José Fernando Iglesias Sánchez, Ángel M. de Pablos, Paulino Fernández Calles, J. Manuel Ferreira Cunquero o Asunción Escribano.

Vemos, por tanto, cómo las principales revistas semanasanteras frecuentemente incorporan textos literarios variados sobre la Pasión o sobre la Semana Santa. Merecen, en este sentido, también destacarse por sus contribuciones literarias, *Cruz de Guía*, con firmas, entre otras, como García Lorca en el centenario de su muerte, Lucas Verdú, Félix Grande García, Unamuno o Julio González; y *Rincón cofrade* que incluirá también un «rincón literario», y que a lo largo de su andadura publica relatos, leyendas y variados ensayos literarios.

3 Poema dedicado a la imagen titular de la extinguida cofradía de excombatientes que salió en procesión de manera continuada desde 1945 a 1966. El soneto hace hincapié en sus tres primeras estrofas en la alabanza de los valores reales y simbólicos de la imagen, y concluye –como es habitual en los sonetos oracionales– con una petición personal en su último terceto: «Al Cristo de las Batallas/ Imperio de la Cruz para el dictado/ que el mundo en lucha su verdad reparte,/ un torrente de Historia deslumbrado.// Oh, Cristo en Majestad, glorificado/ en la cumbre de hispánico baluarte,/ recio blasón, de aligero estandarte/ con fiebre de Romance reforzado.// Poderoso Señor de las Batallas,/ que al soberbio confundes y avasallas/ en púrpura encendido de rigores.// Envuélveme en la lumbre de tu manto/ y enjuga de mi queja el hondo llanto/ con la Luz de tus vivos resplandores».

4 *Christus*, Año 2000, edición I, Época II, pp. 2 y 3.

3. Los libros

3.1. *Los relatos (premios de la Tertulia cofrade «Pasión»)*

Durante algunos años el relato protagonizó la Semana Santa salmantina en la forma de un volumen que la asociación cultural Tertulia cofrade «Pasión», con el apoyo del Ayuntamiento y de Caja Duero, publicaba anualmente en esta ciudad, y que contribuyó a forjar las técnicas narrativas que han hecho posible que el relato semanasantero se constituya en un derivado significativo y especializado de este tipo de texto secular. Entre los objetivos de esta publicación, explicitados por el entonces presidente de la tertulia, Francisco Javier Blázquez Vicente, en el prólogo de los sucesivos volúmenes publicados desde 2000 hasta 2004, se encontraba «la defensa y promoción de la celebración popular de la Semana Santa desde la cultura»[5]. Se hacía así partícipe a la cultura de una de las vocaciones esenciales de la Semana Santa: la de avivar en las gentes la experiencia pasional de Cristo desde todas las vertientes posibles. Este objetivo será central en la convocatoria del premio, como bien afirma en el primer volumen el antropólogo Francisco Rodríguez Pascual, al afirmar que «los componentes de la Tertulia cofrade «Pasión» vamos a seguir luchando, con éste y otros medios, para que la Semana Santa de Salamanca, sin renunciar a sus multiformes facetas sociológicas, descubra y manifieste, cada vez con mayor rotundidad, su origen religioso, su esencia cristiana… En esto radica –no lo olvidemos– su primera y última razón de ser»[6]. En este sentido, el relato, por ser un género asociado a la vivencia popular desde sus orígenes, se constituye en cauce perfecto de esta transmisión evangélica del ciclo de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. Puesto que las raíces de los cuentos se hunden en la profunda noche de los tiempos, estos suponen una clara manifestación del interés humano por perdurar y, con ello, una primitiva forma de comunicación que el hombre siempre ha cuidado en la que la oralidad vertebra la propia historia de las sociedades humanas. No es de extrañar, por tanto, la alta calidad literaria que tuvieron los textos premiados durante todos esos años, a pesar de la dificultad que conlleva el tener que someter la creatividad a un corsé temático y estructural tan estricto.

Hay que señalar, por otro lado, que este tipo de relatos obliga a los autores a un profundo conocimiento de los rituales y características semanasanteras, así como también conlleva un dominio de los relatos evangélicos de la Pasión, que se manifiesta desde el uso de determinada terminología, hasta la correcta ambientación y denominación del contexto físico, al tiempo que una capacidad de percibir lírica y metafóricamente una realidad que, por su condensación emocional, extrema la sensibilidad de los que la experimentan. Los escritores acuden, por tanto, con frecuencia a los textos evangélicos, que son retomados por los protagonistas e, identificándose con Cristo, aplicados a su propia circunstancia personal. Es, sin duda alguna, este «encuentro» entre el hombre y Cristo, el elemento más importante, por lo que tiene de actitud esperanzada y creyente por parte de quien escribe el relato semanasantero. Muchas fueron las formas de encarar este encuentro que, dicho sea de paso, ofreció sus primeros ejemplos en los relatos evangélicos de Emaús o de los discípulos y las mujeres ante Jesús resucitado, por no aludir ya a Zaqueo, la samaritana, María Magdalena, Pilatos..., pues, en realidad, todo el Evangelio, el Nuevo Testamento y aun el Antiguo, no es sino la narración del encuentro de Dios con su pueblo, con cada uno de nosotros reflejados en mil personajes. Por ello, en estos textos se suma el relato de sucesos con la profunda descripción de ambientes y, con frecuencia, podemos encontrar inserto el diálogo entre los personajes que concede, así, vivacidad y credibilidad a la historia. En ocasiones, también, para conseguir esa fiabilidad, el texto relatado se suma a otros géneros, como ocurre en algún caso con el diario personal. El sucederse de las procesiones es descrito, de esta manera, con todo detalle, así también los distintos elementos con que aquellas se acompañan: sonidos, tanto de las gentes como de los instrumentos, olores, sensaciones táctiles…, el mundo de la Semana Santa se constituye, de esta manera, como un universo sensitivo que adorna los sentimientos que esta evoca.

El contexto en el que se desarrolla la trama de este tipo de relatos es, por tanto, fundamentalmente, el de la Semana Santa, con la celebración de sus procesiones y el ambiente de fervor religioso que se genera esos días. Es más, el paisaje que acompaña a la tristeza de la Semana Santa, un paisaje de dolor y sufrimiento, melancolía y nostalgia, se refleja tanto en la narración de los relatos y como en el turbio debatirse de sus protagonistas. Resulta inevitable, por tanto, para el lector escapar a este sentimiento, como expresa –en otro contexto semanasantero– en uno de sus poemas, titulado precisamente «Semana Santa», el premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana,

5 *Penitentes de cielo y trigo y otros relatos semanasanteros.* Tertulia cofrade «Pasión», Salamanca, 2001, p. 9.
6 *Relatos semanasanteros*. Tertulia cofrade «Pasión», Salamanca, 2000, p. 108.

Caballero Bonald. En él leemos: «Aquí se agrieta/ el mundo, aquí la carne, aquí/ el demonio. Lucha, alma mía,/ cuerpo mío, demonio mío, lucha/ conmigo tú, mi esclavizado/ pueblo [...]»[7].

El espacio, en esta dirección, transita de la oscuridad de las calles, que acogen a las procesiones, a la explosión jubilosa de la primavera, que muestra ya sus primeras señales y sus brotes luminosos. En todos los textos es este un elemento –urbano o natural– que refleja exteriormente las propias expectativas íntimas de sus protagonistas. La luz y la noche son, así, elementos tanto físicos como simbólicos y se constituyen como un telón de fondo en el que el lector proyecta el transcurso emocional de la narración. Los sentimientos dominantes –encarnados en sus personajes– basculan, por ello, entre la nostalgia madura por el –ya irrecuperable– sentimiento infantil del pasado, el arrepentimiento personal y la posterior transformación, la identificación con los distintos momentos de la Pasión del Señor, y la esperanza ante el cíclico repetirse de la resurrección primaveral que siempre ofrece una nueva posibilidad de redención personal, y la alegría que esto conlleva.

Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá.

▲ Dibujo de Hipólito Pérez Calvo para ilustrar un relato semanasantero

También hay que llamar la atención sobre el tiempo, que igualmente funciona como un elemento estructurador en este subtipo de relatos. Desde el desarrollo de un presente, origen del conflicto que da lugar a la narración, es frecuente que el escritor viaje, mediante justificados *flash-backs*, hacia el pasado para contrastar una alegría con su pérdida reciente, o para justificar el origen de una razón que ha dado lugar al relato. Lo cierto es que llama la atención la insistencia de los protagonistas en mirar atrás –hacia la infancia– en su vida, como si la recapitulación de su historia pudiera salvarles de la contundencia angustiosa del presente. Buena parte del mérito literario de un texto lo da, sin duda alguna, la capacidad de mirar, cualidad por antonomasia de la infancia. Por eso muchos de los mejores párrafos de los sucesivos libros están escritos bajo esa óptica, bajo ese disfraz de niño que llevamos dentro y que, cuando se evoca nos hace recordar todos los sentimientos que la vida adulta nos ha obligado a ir dejando por el camino. No deja de llamar la atención, en este sentido, la presencia constante del niño en los relatos semanasanteros. Ello se debe, probablemente, a que la fe siempre está anclada en la infancia y el recuerdo de esta nos evoca la vigencia de aquella, o su pérdida. El papel de la infancia, por tanto, etapa durante la que transcurre la trama o espacio mental al que se acude desde el presente es, así, un elemento estructurador importante en estos relatos. Resulta curioso incluso cómo, en ocasiones, la niñez se evoca desde la primera línea del relato.

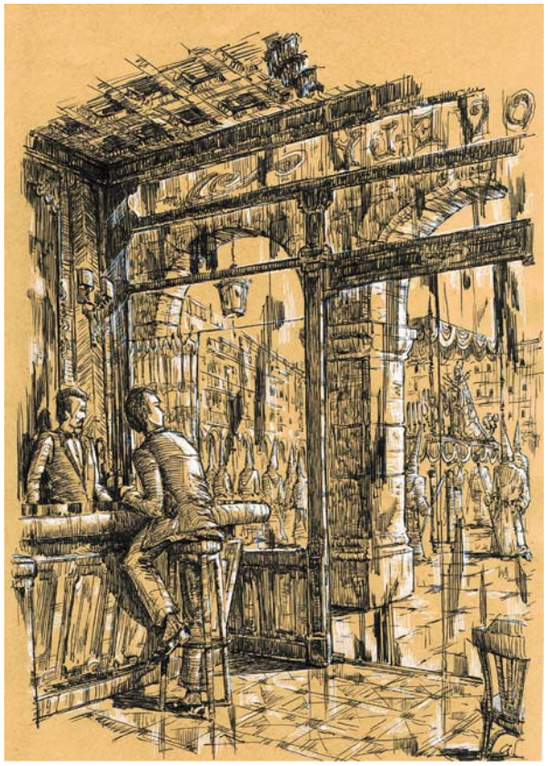
Por otra parte, y para facilitar lo anteriormente expuesto, la fórmula narrativa preferida combina la tercera persona con la primera. Esta última facilita la expresión emocional de los protagonistas, que transparentan la propia conmoción de los escritores a quienes con frecuencia se les escucha escondidos tras sus personajes. La tercera persona, por su parte, suele favorecer el transcurso de las historias basadas en el planteamiento narrativo, y no tanto confesional y expresivo. También es distintivo el uso del lenguaje, y no tanto –como hemos señalado anteriormente– por la especialización semántica y temática a la que obligan, sino –sobre todo– por el altísimo nivel cultural de sus autores, por la perfecta estructuración sintáctica y por la densidad narrativa a que obliga su limitada extensión. Es necesario señalar, en este sentido, la importancia léxica que se concede en este tipo de textos al lenguaje ya perdido del laboreo en los pueblos, el léxico de objetos que hoy se desconocen, pero que suponen un gesto de coherencia narrativa en las historias que miran al pasado con nostalgia.

En otro orden de cosas, fundamentales son, sin duda, como elemento aglutinador, los personajes, la mayoría de ellos situados en situaciones límite. Así, es frecuente el uso de niños como protagonistas («Conversaciones infantiles con 'culocolorao'» de M.ª Rosa del Olmo Marcos, «Penitentes de cielo y trigo» de González Torices, «La primera procesión» de Juan José Sánchez Benito,

7 *Años y libros*. Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2004, p. 135.

«Noche zamorana» de Carlos Villar Flor, «La promesa» de Enrique de Antonio, «Deslumbramiento de amapolas y lirios» de Encarnación Gómez Valenzuela, «La fe de un niño hizo el milagro» de Isabel Salazar Aribayos…); condenados que son rescatados en la procesión del Cristo de la Misericordia («El Cristo del perdón» de Ángel Lozano Heras, «Vidas paralelas» de Encarnación Gómez Valenzuela, «Rosario de pasión» de Pedro Azcúnaga…); adolescentes o adultos en crisis («Mucho más que ruido» de Eva Fortea Báguena, «La esperanza pasa al amanecer» de Teresa Núñez, «El manto de la Virgen» de José Morán Salvador…); hombres o mujeres solitarios, olvidados, ancianos o desesperados que en su reflexión se preguntan por los distintos elementos de la vida y de la fe («La última esperanza» de Pilar Pérez Visuales, «La carcoma» de Andrés Alén, «El encuentro» de Ángel Lozano Heras, «Penitencia» de Juan-Santos Cánovas, «La última procesión» de Ricardo López…); costaleros o participantes en las procesiones que narran la emoción de vivirlas por dentro («¡Al cielo con ella!» de Manuel Domínguez Marín»); personajes físicamente irreales como ángeles, fallecidos que cobran de nuevo vida, la personificación más amablemente femenina de la muerte o el Cristo o la Virgen que se hacen presentes ante los protagonistas de distintas maneras («El último nazareno» de Miguel Paz Cabanas, «Dolor de Viernes Santo y soledades» de Mercedes-Aurora Blanco Rodríguez, «Volverás a Santa Nonia» de Carlos G. Rioja, «Las mortajas no llevan bolsillos» de Benjamín Charro Morán, «La fe de un niño hizo el milagro» de Isabel Salazar Aribayos…); o enfermos o pobres que reviven o vuelven a través de la memoria («Viernes de Resurrección» o «Promesa en Viernes Santo», ambos de Mercedes-Aurora Blanco Rodríguez).

También, en la misma dirección, ocupan un papel fundamental los personajes secundarios. En los relatos semanasanteros, igual que ocurría en las tragedias clásicas, estos funcionan a modo de corifeo que permite hacer brillar las emociones de los protagonistas.



▲ Dibujo de Rafael Cid para ilustrar un relato semanasantero

Son las voces de los secundarios las que conceden el protagonismo a las doloridas de los primeros. Apuntan, señalan o subrayan…, y también facilitan el rechazo al juicio rápido que una lectura primera y simple podría generar en los lectores. No quien parece culpable lo es. E, igual que en el relato evangélico del buen ladrón, muchos de los personajes cargan con una culpa que en su largo penar ya se les ha perdonado, y cuya redención se imagina tras el actuar del protagonista ante las voces crueles de los personajes que actúan de fondo. Por ello, no sorprende que, incluso en el caso de los personajes que se muestran en los relatos como claramente culpables, los distintos escritores eluden la narración de la posible falta –o la justifican por la trágica historia personal–, puesto que esta no resulta expresivamente tan fundamental como la posterior redención.

Hay que concluir, por tanto, cierto carácter moral en este tipo de textos, quizá no tanto elegido voluntariamente como derivado de la temática y de la estructuración temporal. En este sentido, puede inferirse la defensa en ellos de los valores familiares, reivindicados en muchos textos a través de la mirada hacia una infancia en la que la familia, concebida ampliamente y en la que la influencia de padres, hermanos y primos, tíos y abuelos es fundamental, hizo de la asistencia procesional en la Semana Santa uno de los pilares de su convivencia en la fe. De hecho, como hemos señalado anteriormente, con frecuencia estos relatos están protagonizados por alguien que vuelve, después de haberse dejado llevar por los tráfagos de la vida, a intentar recuperar aquel paraíso de la fe perdida. Por último, también el final de los relatos semanasanteros es un aspecto que los constituye y caracteriza como tales. Un final normalmente situado entre la magia y la esperanza, pero que siempre sorprende por lo inesperado; en la más pura tradición cuentística del relato romántico decimonónico. No en vano, la terminación es una parte esencial de cualquier buen relato, que siempre camina hacia él desde la primera palabra.

Si nos centramos ahora en el primer volumen de esta serie, correspondiente al primer año de publicación, titulado *Relatos semanasanteros* (2000), vemos que este recoge –constituyendo así el modelo de publicación que las obras posteriores seguirán– los relatos de los dos laureados, seguidos de los siguientes finalistas. En primer lugar aparece publicado el relato Premio Tertulia cofrade «Pasión», que este año recayó en Mercedes-Aurora Blanco Rodríguez con un texto titulado «Viernes de Resurrección». En él se recoge la historia del infante que llega al mundo un Jueves Santo, en el Patio Chico, en plena ceremonia del Descendimiento. En la disposición estructural se apuesta por intercalar –y así contrastar– las escenas presentes de su mendicidad como tullido, con la rememoración de una infancia feliz en torno a la familia. El relato premiado por la «Fundación Gaceta Regional» recayó en el texto «El Cristo del Perdón» de Ángel Lozano Heras. La historia engarza dos momentos temporales: en el primero de ellos se nos cuenta la liberación de Jalisco, preso de la cárcel de Salamanca, por el Cristo del Perdón. Y la segunda, años más tarde, es relatada a través de los ojos de un niño, que ya no lo es, amigo del protagonista, que narra su amistad de años con el personaje principal, justificando en su relato la existencia marginal que el nombrado Jalisco ha llevado.

Completa el libro una selección de relatos de entre los participantes en el certamen de ese año. Así, Carlos Gómez Díez, en «Amanece la esperanza», rememora la multiplicidad de sensaciones y sentimientos que la Semana Santa produjo en la infancia del protagonista. Este, en primera persona, observa el pasado como algo ya clausurado, pero sigue manteniendo viva la tradición semanasantera como faro de esperanza. Tema semejante se desarrolla en «Conversaciones infantiles con 'culocolorao'», de M.ª Rosa del Olmo Marcos. En esta narración son rememorados con enorme nostalgia desde el presente los encuentros de un niño con la Semana Santa, especialmente con el paso llamado «Culocolorao» y «Bocarratonera». Siguiendo el esquema de la publicación, «La pasión de Blanca Infante» de Ana-Isabel Espinosa i García nos relata el descubrimiento de la niña protagonista, tras encontrar las cartas familiares escondidas durante años por su tío el párroco de la ermita de Santa Inés, sobre sus orígenes y sobre su incomprendido afecto por el Cristo de las Penas. Pilar Pérez Visuales nos narra en «La última esperanza» el último año de la salida en la procesión de la Soledad de Carmen, protagonista que sustituye en la procesión a su madre, como esta lo hizo con la suya…, mientras recuerda los momentos familiares que le dan fuerza para resistir esperanzadamente. «Volverás al calvario» de Francisco Diéguez Martínez, mediante el juego narrativo de las cajas chinas –manifestado en el texto en un doble narrador inserto en el relato– refiere las confesiones del diario de un desaparecido y de su extraña experiencia de viaje en el tiempo que justifica su evaporación. «La muerte redentora» de Leticia María Rodrigo del Amo nos presenta la experiencia de una mujer que va a morir en la procesión del Santísimo Cristo Yacente en el Jueves Santo zamorano. José Manuel de Miguel Pequeño en «El Cristo de la zamarra» también elige el Jueves Santo como silueta para narrar el milagroso encuentro del Cristo con un borracho. Finalmente, Ángel Lozano Heras, en «El efecto 'dosmildós', Salamanca…» cuenta el milagro del guión que un productor y un escritor deben grabar en la Semana Santa salmantina, y la inesperada muerte del segundo de ellos.

El libro *Penitentes de cielo y trigo y otros relatos semanasanteros* recogía, en el año 2001, el premio de la Tertulia cofrade «Pasión», que correspondió este año a González Torices. Este texto prestaba su título a la primera parte del volumen total, «Penitentes de cielo y trigo», y recogía gran parte de las características del relato semanasantero. En este sentido, el relato se sitúa en el Viernes Santo de Villamayor de Campos. Sus protagonistas, el padre y el hijo, actualizan el dolor de la enfermedad y muerte de la madre ante el paso de la procesión del Cristo de los Muertos y la Señora de los Tres Sables. Ante la encomienda de la fallecida madre, para que el niño acuda a la Virgen cuando tenga un problema, y la petición del infante –que se muestra emocionado mientras abraza a la figura de la Virgen– a Esta para que le envíe el mensaje de su amor a la madre cuando vaya al cielo, el fervor popular decide denominar el paso a partir de ese momento como «Paso del niño». El premio «Caja Duero» correspondió a Andrés Alén, quien en su relato «La carcoma» rescata una dimensión simbólica del milagro. En el texto, la figura de Cristo es salvada por una restauradora de ser devorado por el gusano de la carcoma, lo que –como milagro luminoso de la resurrección también de la materia– le permitirá salir el Miércoles Santo en procesión, ante el aclamar contundente de la multitud. La opción narrativa –bien medida– del relato en primera persona permite a aquel intercalar el relato con la impresión personal de su protagonista –trasunto literario del propio autor– que va enlazando muy inteligentemente sensaciones e impresiones cargadas de adjetivación emotiva hasta conseguir un texto perfectamente trabado. Los otros relatos de este año entretejían distintas historias: en «Vidas paralelas», Encarnación Gómez Valenzuela narra la regeneración de una mujer embarazada, tras la experiencia personal ante el dolor del Cristo de la Misericordia; el milagro del anciano llevado por la muerte en «El último nazareno» de Miguel Paz Cabanas; o el también milagro de la humanización de la Verónica, que en el relato «A

cuentos con mi diario», de Quintín García González, conmueve a la adolescente protagonista devolviéndole una fe dormida; la anécdota intrascendente de llevar los pantalones hasta las pantorrillas, tras la participación en la procesión del Santísimo Crucifijo y Descendimiento de la Cruz del Viernes Santo placentino, en el relato «La nueva cofradía» de Teodoro Vallinoto Pizarro; la experiencia, profunda en sensaciones, del cofrade exheroinómano que busca en la procesión la redención, en «Una nueva luz, una nueva vida», de Carlos Gómez Díez; la huida –basada en un hecho real– de dos hermanos presos en el centro penitenciario de Sevilla para asistir a la procesión de la Hermandad de Nuestra Señora la Virgen de la Esperanza de la Macarena, en el relato titulado «Madrugá», de Eduardo Rodríguez Moro; la intensa y magníficamente escrita rememoración de la última Semana Santa del fotógrafo amigo enfermo en el relato «Promesa en Viernes Santo» de Mercedes-Aurora Blanco Rodríguez; «La primera procesión», de Juan José Sánchez Benito, en la que el niño desea hasta el extremo vivir la procesión de la Soledad, hasta el punto de que, perdido el conocimiento de camino por una caída, cuando recupera el sentido dice haberla vivido; el cruce de historias, de tiempos y vidas en «Noche zamorana» de Carlos Villar Flor, donde dos amigos discuten sobre la existencia propia y la de Dios mientras Marquitos escribe su historia como cofrade; o las vidas desencajadas de Sara y Vitoria, que se terminan encontrando para ser separadas finalmente, por la muerte, en «El encuentro» de Ángel Lozano Heras.

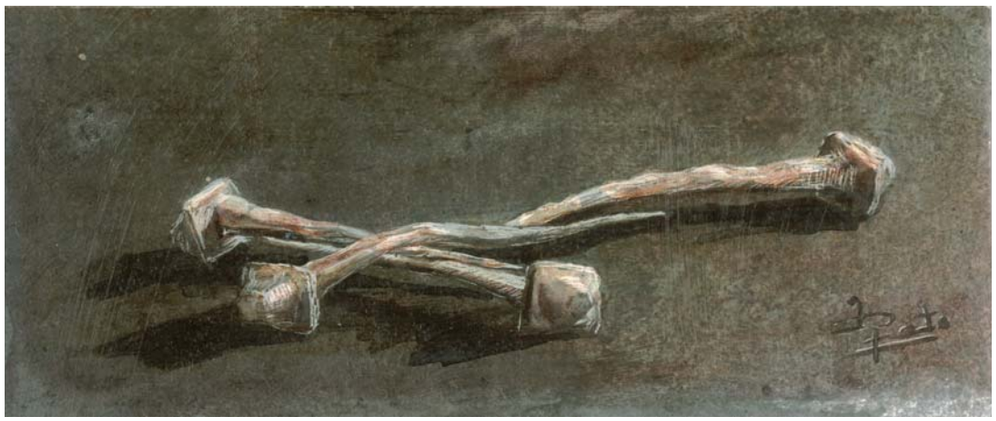
En el año 2002 el título escogido para el libro que contenía los relatos premiados y los finalistas fue *El vendedor de nazarenos*, coincidiendo –precisamente– con el título del relato premiado por la Tertulia cofrade «Pasión». En su presentación, a cargo de la entonces concejal de Cultura Pilar Fernández Labrador, ya se expresaba el reconocimiento por parte del Ayuntamiento del valor cultural que para una ciudad como Salamanca constituía, tanto el concurso de relatos semanasanteros, único en España, como la posterior publicación de estos. «El vendedor de nazarenos» de Benjamín Charro Morán es elaborado con una magistral técnica literaria impresionista, en la que las emociones se funden con la narración, el protagonista nos desvela su empatía con los dolores del Cristo zamorano que le permitirá confesar al lector su personal y desgarrada experiencia existencial. «Dolor de Viernes Santo y soledades», de Mercedes-Aurora Blanco Rodríguez, quien vuelve este año a ver premiado su dominio lingüístico, recibió el Premio «Caja Duero» por un relato en el que se mezcla lo milagroso con lo sentimental, y cuyo protagonista ve modificada su vida a partir del encargo de tallar una Soledad. «Tonto de capirote», de Pedro Azcúnaga Martínez, nos presenta a un pícaro moderno que, aprovechando la procesión, comete adulterio, sin contar con que su mujer descubrirá el engaño a pesar de haberle prestado los zapatos al tonto de capirote del pueblo. «Penitencia» de Juan-Santos Cánovas Caracol desarrolla todos los momentos de la dura carga física del madero que una penitente arrepentida experimenta hasta el perdón final del relato, que también tiene una dimensión física. «Peregrino y penitente» de Carlos Gómez Díez cuenta, a modo de confesión en primera persona, la búsqueda de un no creyente a través de la conversación con un cofrade de una cofradía vinculada al Camino de Santiago. Juan-José Sánchez Benito relata en «Las fugas del claustro» la simpática escapada de dos monjas del convento para asistir a la procesión de la Soledad y el susto posterior. «¡Al cielo con ella!» de Manuel Domínguez Marín es un relato que habla de la emoción de un costalero de la Virgen del Buen Fin y su parada ante el convento de las Hermanas Capuchinas el Martes Santo. «De mirada serena», de Patrocinio Gil Sánchez, rememora desde el presente el momento en que siendo niño junto a su pandilla encuentran en una cueva al Cristo «manco» y las emociones que sacarlo en procesión les genera a todos. Por su parte, «Mucho más que ruido», de Eva Fortea Báguena, relata la crisis adolescente de Manuel, superada con su inserción como tambor en la cofradía de su padre. «La pasión de Dalea», de Jesús del Caso, relata la milagrosa restitución de la fe perdida del protagonista, ante la experiencia de la vivencia semanasantera en Dalea. Finalmente, «La promesa» de Enrique de Antonio también recoge, en medio del fervor milagrero, la aparición de un trillo nuevo, después de haber sido pedido en las oraciones del pequeño Tomás, junto a su compromiso posterior de caminar descalzo en la procesión.

Semillas de pasión será el título que integre la colección de relatos publicada por la Terturlia cofrade «Pasión» en 2003. Precisamente en la presentación de este año, a cargo de Pilar Fernández Labrador, se recuerda la declaración de la Semana Santa Salmantina como Fiesta de Interés Turístico Internacional, con lo que se reconocían los méritos artísticos, antropológicos, y estéticos y la síntesis en ella de religión y cultura. Este año será Ricardo López Serrano el ganador del primer premio de la Tertulia cofrade «Pasión». En él se relata, con el título «La última procesión», la vuelta a su aldea del protagonista y la entrada posterior a la iglesia en el momento de la procesión del Jueves Santo, en la que el personaje siente la reconfortante acogida del pueblo. Carlos Gómez Díez obtuvo aquel año el segundo premio con el relato «Tregua por Semana Santa», texto en el que, de manera dialogada, se relata –con una estructura tipográfica original–, la situación que llevó al capitán

Vadja a ser acusado de alta traición, tras la tregua producida en el Jueves Santo en el frente entre ambos bandos. Teresa Núñez, por su parte, narra en «La esperanza pasa al amanecer» la recuperación de la fe de Esperanza tras años de dolorosa sequía espiritual. Luis Miguel Bueno Padilla, en «Aquella saeta», relata en encuentro en la Semana Santa de un padre y su hijo a través de una saeta, con el olor a azahar andaluz de fondo. Enrique de Antonio describe en «Juanón, el inocente» el suceso del robo del Cristo el Viernes Santo por parte de Juanón para que su madre enferma lo besara. Santiago Casanova Gómez escribe este año «La Virgen del paraguas» la leyenda de la joven que con su sufrimiento hizo parar las tormentas que asolaban el Valle de Lemos en Semana Santa. José Morán Salvador, en «El manto de la Virgen», narra el milagro de la recuperación de la fe en la Semana Santa zamorana. «El ambiguo manto de la Soledad» de Pedro Azcúnaga Martínez habla de la conversación en plena Semana Santa entre un camarero y un juez, que termina con la verdad que el primero le dice al segundo. Ángel Escalera, en «El rico», enfrenta al protagonista con la complicación profesional de tener que arreglar el mecanismo que le permite al Nazareno dar la paz. Carlos G. Rioja, recordando a Benet, con «Volverás a Santa Nonia» relata cómo el fallecido Ventura vuelve a encarnarse para asistir como cofrade de nuevo a la Semana Santa. Sandra Adelaida Sánchez, en el relato «Aquella Semana Santa en la que el cojo Guripa procesionó como nazareno penitente», refiere la negativa del preso indultado, el cojo Guripa, a llevar el capirote. Finalmente, el último relato, el que da título al libro, «Semillas de pasión» de Rubén Gozalo Ledesma nos muestra la fe salmantina a través de un puñado de historias esperanzadas y luminosos que se anudan en el Cristo de los Milagros.

El último libro de la serie, *Pasión viva*, correspondiente al año 2004, recoge los siguientes relatos: «Pasión viva» de Manuel Domínguez Marín, primer premio del V Certamen de Relatos Semanasanteros, un bello reflejo de lo importante del perdón y el arrepentimiento en nuestra sociedad, donde, igual que en tiempos de Jesús, continuamos criticando y juzgando a nuestros semejantes sin cesar, con hipocresía y sin caridad. «Deslumbramiento de amapolas y lirios» de Encarnación Gómez Valenzuela, segundo premio de este año, relata el encuentro que se produce, como tantas veces durante la Semana Santa, entre un chiquillo y una escultura de Cristo Yacente. «Penitente furtivo», de Jesús del Caso, destaca por el tinte social de posguerra y se halla impecablemente estructurado en torno a la atracción fílmica que la película «El tercer hombre» ejerce sobre el adolescente protagonista, y concluye de un modo cruel que nos evoca la frase con que Graham Greene inicia, precisamente, su novela *El tercer hombre*, donde se afirma: «Nunca se sabe cuándo va a caer el golpe»[8]. Quien haya leído la obra del novelista gallego Manuel Rivas, *La lengua de las mariposas* (o visto la película del mismo nombre), hallará ciertas similitudes con el relato y concluirá con nosotros en que, verdaderamente, el Reino de Dios no puede ser de este mundo nuestro tan de pasiones humanas. «Los tratos paternos» de José Ignacio García es un relato de corte intimista sobre la relación de un niño con su abuelo, vista y narrada por el padre e hijo de ambos respectivamente. En «El hombre que miraba a Salvador» de Ángel Escalera, un actor «que sintonizaba más con el Jesús detallado por Saramago que con el reflejado por los evangelistas» se ve obligado a representar el papel de Cristo y el propio Jesús acaba entrando en su vida. En «Las mortajas no llevan bolsillos» de Benjamín Charro Morán, un muerto nos relata su conducción al cementerio con un lenguaje llamativamente sereno y poético. En el relato «El reflejo en la pared» de Beatriz Terrazas Abad, como suele suceder con la mejor literatura, se cuenta una historia que a su vez ha sido contada al narrador, quien consigue retener a los lectores mediante el embrujo de una narración de amor. «Cien años de perdón», de Carlos García Rioja, relata una historia en la que un hombre se enfrenta a sí mismo y la bondad que hay en él aflora, durante una Semana Santa, hasta convertirse en «la venganza de un hombre bueno». «Rosario de pasión» de Pedro Azcúnaga destaca por su original estructura en la que se van intercalando los rezos de una mujer, junto con sus pensamientos, mientras espera el momento en que, como manda la tradición semanasantera, un reo sea liberado, y desea que sea el que ella ama. Por

▲ Dibujo de Jesús Velasco para ilustrar un relato semanasantero



▲ Acuarela de J. Prieto para ilustrar un relato de Ignacio Carnero

su parte, en el relato «La fe de un niño hizo el milagro», de Isabel Salazar Aribayos, la infancia se muestra milagrosa y esperanzada. El texto presenta reminiscencias del clásico *Marcelino pan y vino*, ya que un niño intercede ante Jesús Nazareno para que salve a su padre de la cárcel. El lector no puede por menos que recordar aquel dicho de Jesús, recogido por tres de los cuatro evangelistas, que decía «Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como estos chiquillos, no entraréis en el Reino de Dios, y el que acoge a un chiquillo de estos en mi nombre, me acoge a mí». «Si pudiera tocarte en este Viernes Santo», de Patrocinio Gil, cuenta al lector cómo un pastor de cincuenta años, aficionado a tallar la madera con su navaja, concursa para elaborar un Crucificado para una cofradía salmantina. La sencillez del relato solo es comparable a la grandeza del tema narrado y la forma en que se consigue. Finalmente, en «Polvo de estrellas», de Rubén Gozalo Ledesma, la voz del narrador es la del Santísimo Cristo de la Agonía Redentora, que relata lo que ve y siente a lo largo del recorrido por las calles salmantinas durante su procesión, a la vez que nos describe su encuentro con una chiquilla.

No podemos finalizar este análisis del relato semanasantero sin comentar la relevancia cultural y formativa de este tipo de textos (y la consiguiente necesidad que para una ciudad culta como Salamanca tendría –por su enorme calidad– la recuperación de este premio), ya que la Semana Santa está a caballo, quizás más que nunca, entre la devoción y el folclore, si bien diluidos ambos por las propias circunstancias culturales de nuestra sociedad. El antropólogo Julio Caro Baroja, escribió en cierta ocasión que, «en cada época, en cada circunstancia, la narración tiene un significado distinto, y hay que estudiar el contexto social en que aparece para aplicarle todo su contenido»[9]. Hoy, parece claro que los relatos semanasanteros nos hablan de valores como la esperanza o la caridad cristianas, ya en desuso desgraciadamente pero que durante siglos tuvieron cabida en sociedades más religiosas y menos secularizadas que la actual. Un espíritu tan apasionadamente atormentado como Miguel de Unamuno, clamaba en su *Diario íntimo*: «¡Esperanza, esperanza! La esperanza es la fuente de felicidad, y la fe la madre de la esperanza. De ellas brota la caridad, y ésta las mantiene»[10]. A pesar de ese olvido, los relatos semanasanteros nos siguen hablando de que Cristo continúa llegando hasta nosotros cada día, en cualquier lugar y época, y lo seguimos vendiendo por treinta monedas de plata.

Sin embargo, de algún modo, lo que la mayor parte de estos relatos están poniendo de manifiesto es el doble sentido de la Palabra entre Dios y los hombres. Su escucha hace que los hombres (ya sean los personajes, ya el autor que los ha creado) se transformen a la luz de la Palabra y el significado que para ellos les desvela y, como contrapartida, actúan nuevamente, conmovidos y transformados por el soplo del Espíritu, para responder a la Palabra con la palabra de nuevo. Ya sean los actos de los protagonistas, ya la literatura que los narra desemboca en una de las finalidades esenciales de la literatura: la de expresar los sentimientos de la manera más bella posible. Todos los protagonistas de los relatos semanasanteros reflejan y demuestran, por lo tanto, lo que uno de los filósofos que más bellamente han estudiado la Palabra ha concluido: que el destino del hombre se juega en la escucha de la Palabra[11].

8 *El tercer hombre*. Alianza/El País, Madrid, 2004, p. 11.
9 CARO BAROJA, Julio y TEMPRANO, Emilio. *Disquisiciones antropológicas*. Istmo, Madrid, 1985, p. 114.
10 *Diario íntimo*. Alianza, Madrid, 1970, p. 102.
11 HENRY, Michel. *Palabras de Cristo*. Sígueme, Salamanca, 2004, p. 170.

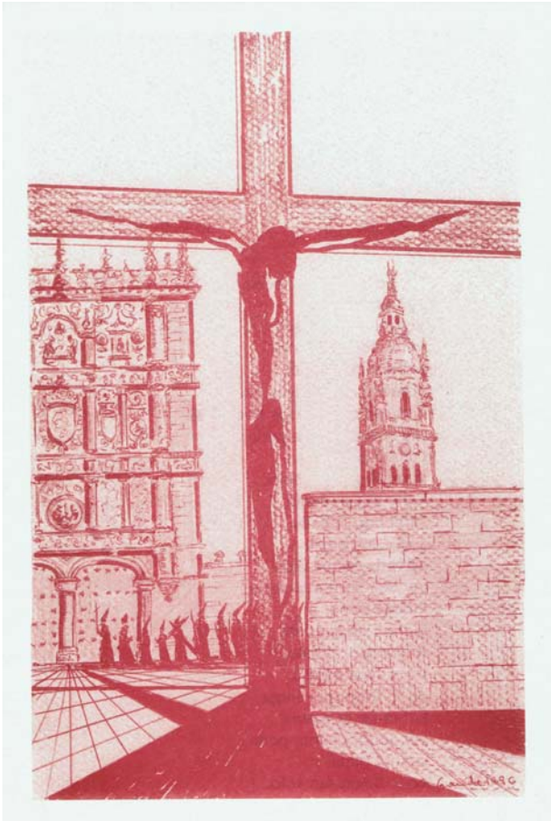
3.2. *Los poemarios*

Como ya se ha comentado anteriormente, los dos grandes géneros literarios vinculados a la Semana Santa son el relato y la poesía. Sin embargo, extraña la escasez en Salamanca de poemarios individuales estructurados coherentemente en torno a esta celebración. De nuevo tenemos que citar en estas páginas el nombre de José Manuel Ferreira Cunquero, ya que él es el hilo conductor de los dos libros que vamos a comentar aquí, puesto que es autor de uno de ellos, y editor del otro. Podría decirse que son los únicos explícitamente vinculados a la Semana Santa de Salamanca.

3.2.1. El cálido fulgor de la Cruz entre piedras (poemario a la Semana Santa)

El primer libro, cuya autoría corresponde al citado poeta, se titula *El cálido fulgor de la Cruz entre piedras (poemario a la Semana Santa)*, y fue publicado en el año 1998 y prologado por Antonio Lucas Verdú. En él ya se percibe esta triple inquietud temática del autor, manifestada sucesivamente en todas sus participaciones líricas semanasanteras y a las que ya nos hemos referido aquí. La obra se articula en su contenido en torno a tres ejes: el Cristo sufriente en todas sus manifestaciones, la madre y su ternura en el dolor, y el paisaje –salmantino o castellano– como un lienzo en el que el sufrimiento deja sus huellas. Precisamente, como muestra de esa proyección poética cristológica, nos vamos a encontrar con los poemas «Jesús Flagelado», «Jesús Rescatado», «Nazareno de San Julián», «Nuestro padre Jesús de la Pasión», «Nazareno de la Vera Cruz», «Cristo de la Cruz», «Cristo del Perdón», «Cristos castellanos», «Cristo del Amor y de la Paz», «Cristo del Arrabal», «Cristo muerto por Salamanca» o «Yacente de Venancio Blanco», que son los diversos rostros de un Cristo en el que el poeta se siente «dolido a dejar mi pobre aflicción». Los Cristos mansos de Ferreira Cunquero suman la fuerza y el desgarro de quien los percibe a la ternura que ellos exhalan.

▲ El poeta J. M. Ferreira Cunquero en un acto de la Semana Santa



▲ Dibujo de Severiano Grande para ilustrar el poemario El cálido fulgor de la cruz, de J. M. Ferreira.

Algo semejante ocurre con las poesías que cantan a la Madre, ya que también los diversos rostros de la Virgen son aclamados líricamente por este escritor. Lo comprobamos en poemas como la «Dolorosa de Montagut», «La Madre», «Nuestra Señora de las Lágrimas», «La Piedad de Carmona», o «Nuestra Señora de la Soledad», todos ellos proyectados desde la experiencia del hijo que ve padecer intensamente a la madre amada: «Rotunda en mí con especial ternura,/ decrece, al mirar tu dolor mi pena,/ pues la tristeza se duerme y serena,/ al sentir el beso de tu hermosura».

Finalmente, el tercer soporte temático será la ciudad (o los paisajes que la rodean y constituyen la región), que con sus formas y colores conforman un bastidor sobre el que proyecta sus sombras el dolor por la Muerte del Señor. Por ello, asistiremos a poemas como «Calle de la Compañía», «Calles de Salamanca», «Pasión en Castilla», «Procesión en el Cementerio», o «Capas de Aliste», en los que, mediante el proceso de personificación serán estos paisajes urbanos o campestres los que muestren «sus rostros de pena», y el cielo de Castilla se desgarre, y todo se vuelva oscuro y noche en

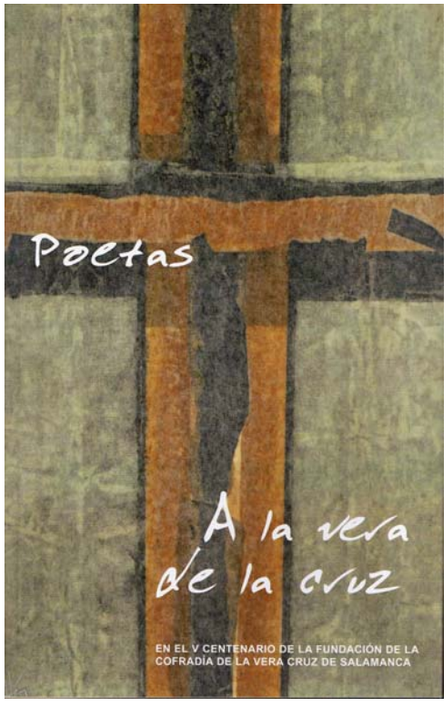
una lúcida, angustiada y obsesiva anáfora: «Todo es noche,/ noche, noche…/ y pena».

3.2.2. Poetas. A la Vera de la Cruz

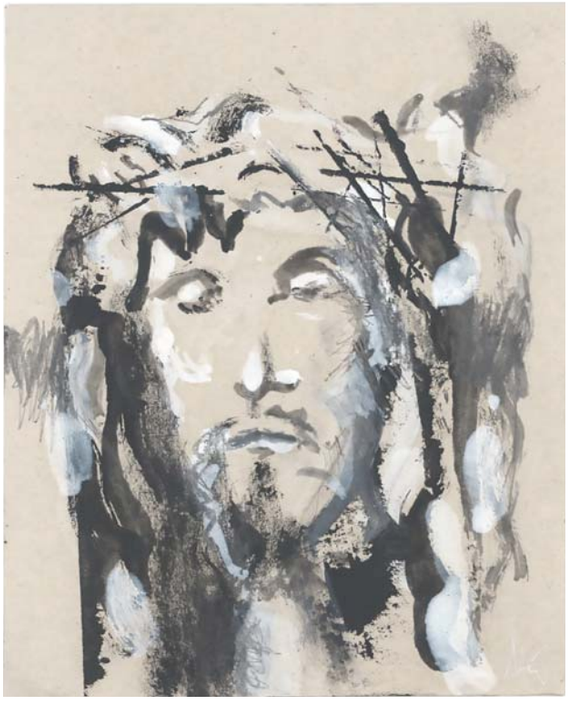
Una década después y coincidiendo con la celebración, del quinto centenario de la fundación de la Cofradía de la Vera Cruz de Salamanca, esta cofradía encargó al poeta J. M. Ferreira Cunquero la elaboración de la antología titulada *Poetas. A la Vera de la Cruz*, segundo de los poemarios religiosos fundamentales asociado a la Semana Santa y a nuestra ciudad, y dedicado, en esta ocasión, a la Cruz y a todas las facetas emocionales que esta puede producir en quien la contempla. Ya en el prólogo, el catedrático de la Universidad de Salamanca Ricardo Senabre señalaba la importancia del símbolo de la Cruz, quintaesencia del cristianismo, que ha dado lugar a representaciones estéticas de todo tipo, entre ellas las literarias, de gran calidad. Así se comprueba en los poemas contenidos en el volumen, puesto que este hermoso poemario va a permitir a los poetas reflejar sus propias emociones ante la Cruz. De ahí que la mayoría de ellos atribuyan al madero o al Cristo sus personales impresiones. Así lo hace el pintor salmantino Andrés Alén, que se centra en el matiz emocional del cromatismo blanco del rostro más triste de «La Dolorosa de la Veracruz». La palentina Carmen Álvarez Peón, por su parte, en su «Fiat» contrapone los dos momentos del hágase, y el del dolor final a cuya luz se plantea esta aceptación inicial. Esta misma autora, en la «Santa Cruz de Ribas», vuelve ante la Cruz a orar como en la infancia. El barcelonés Enrique Badosa, en «La primera palabra», acude al Cristo para entregarle sus dudas, y en él se busca a sí mismo. El sevillano Enrique Barrero Rodríguez, en su soneto mira la Cruz y afirma que todos la llevamos con nosotros, con la esperanza detrás presentida. En su soneto «Está la Cruz serena», la sevillana Estrella Bello Fernández intuye el terrible calvario y afirma la compasión necesaria de quien la contempla. En «Y otra vez está cruz» la cruz se vuelve lirio morado y rosa doliente, y el hombre se acerca y no sabe qué hacer con tal dolor mientras siente su vida llena de resurrección.

Algunos autores apuestan por textos de carácter más puramente descriptivo, en los que no desaparece la emoción, pero esta no tiene un carácter principal, sino que se subordina a la descripción real o simbólica de una figura o a la expresión de una situación. Entre estos poemas se encuentra «La dama blanca (Monasterio de la Veracruz)» del leonés Antonio Colinas, hermosísimo texto en el que se opone el frío del mundo al silencio cálido del interior del templo en cuyo espacio una dama blanca reza y cicatriza en su oración las heridas del mundo. «La Cruz» y «La madera», de la salmantina Asunción Escribano, hablan de la esperanza que aguarda luminosa tras el dolor manifestado en la cruz. El también salmantino José Manuel Ferreira Cunquero, por su parte, elabora en el soneto «La Cruz Vacía» un canto clamoroso en el que la Cruz asume, casi físicamente, el dolor que ella ha causado. En «Hacia dónde», también de Ferreira Cunquero, se pregunta por el camino a seguir para el hombre después de tal sufrimiento. El salmantino Luis Frayle Delgado afirma en «Ante una Cruz vacía» que esta ha dado sentido a todos los que han experimentado su presencia en la vida propia. El manchego Federico Gallego Ripoll, en «Un hombre solo» apunta a la soledad de Cristo que no sabe que es Dios, y que muere como todos con angustia pero también con esperanza. Dios muere, por tanto, más solo que nadie porque no tiene Cristo a quién mirar. Por su parte, el también salmantino Luis García Camino Burgos defiende en «Con las manos tendidas» que los brazos del madero son demasiado rígidos, que la Cruz es un dolor interminable y que si se eliminara la Cruz los brazos servirían para acoger al hombre. También en «Sobre la Cruz» plantea alternativas simbólicas al dolor de este signo. El salmantino Tomás González Blázquez en «Anónima Cruz» habla de la luz que supone en medio de la noche una cruz que –todos sabemos– espera su momento de gloria. El vallisoletano José González Torices divide en dos partes su intervención: «Mendigo del tiempo» y «Glorioso mendigo», dos momentos de una apuesta vital sencilla que va desde Belén hasta la luz. La colombiana Adela Guerrero Collazos, en «Relámpagos en donde la luz despierta», comparte la fuerza que le es concedida cada vez que las huellas se hacen densas y mira a la Cruz. «Amor, tu nombre» es una oración dirigida hacia una Cruz cuyo nombre invoca al amor para todo aquel que se acerque a ella. La malagueña Inés Guzmán elabora un poema al «Crucificado» en el que figura y fondo se contraponen para constituir un fresco oscuro y tenebroso de dolor extremo. De esta misma autora, en «La hora nona» la naturaleza se hace partícipe de ese momento terrible. A la también malagueña María del Carmen Guzmán Ortega en su poema «A la Cruz» le pesa esta por llevar la carga del Cristo, y a la luz de tal dolor se pregunta cómo siendo tan alta se clavó tanto en la tierra. En «La flor en el madero» esta flor es de clavos, espinas, y la escritora afirma esperar que la savia redima –finalmente– el pecado. El salmantino José Ledesma Criado en «Cristo muerto en los brazos de la madre» recala en el dolor de la Virgen, cuya mirada hace que Dios perdone al hombre. La salmantina M.ª Carmen Leonís Lozano habla en su primer poema, en forma de cruz, de que esta salva del cansancio cotidiano al hombre; en «Turbación» este símbolo vivo tiene su dimensión más solidaria en los rostros ancianos. El

mejicano J. Carmelo López pregunta: «¿Qué llevas en tu Cruz?», contestándose con los rostros más diversos de esta: tesoro, luz, dolor, infinito, muerte…, entre los que prevalece el amor. El zamorano Jesús Losada habla en «El madero» de que la Cruz es el descanso del hombre y, en «La Cruz», del obligado silencio que esta impone. La salmantina Mercedes Marcos Sánchez recrea cómo «Simón de Cirene se encuentra con la Cruz», y el cruce de miradas entre el Galileo y el personaje que da título al poema. En «El lenguaje de la Cruz» esta profesora y poeta se identifica con la actitud de Pablo de Tarso, quien aguardaba esperanzado a pesar de la oscuridad que proyectaba sobre la vida la cruz. El salmantino José Amador Martín Sánchez expresa en «Ante la Cruz» el luto de su corazón y la soledad que le ha invadido por la muerte de Cristo. Una malagueña nuevamente, Magdalena Marín, en su soneto «Ante el Crucificado» se confiesa, y, como el ladrón, se siente perdonada; en «Cruz gloriosa» la madera es capaz de sanar tormentas por la sangre inocente en ella vertida. El sevillano Francisco Mena Cantero contempla en «Triunfo de la Cruz» el rostro más triste de la Cruz, al haber vencido en ella la muerte; pero en «Repartieron sus vestiduras», elogia la liberación simbólica que supone para el Cristo el reparto de sus vestiduras. La toledana M.ª Luisa Mora considera que «La postura» del Cristo en la Cruz es infame, pero asimila la belleza natural a la esperanza de que esté resucitado. También la luz del sol anuncia de manera simbólica la esperanza tras el dolor en el texto de esta autora titulado «Señor, que estás clavado». El camerunés Guy Merlin Nana Tadoun señala en «La pasión de tu verdad» el triunfo del testimonio posterior a la muerte; a la vez que, en «Elocuente silencio», el poeta sigue al Cristo en el centro del dolor y la extrañeza. El vallisoletano Ángel María de Pablos Aguado hace brotar lo verde en el desierto como alegoría preciosa de la esperanza en el poema «Exaltación de la Cruz I». En «Exaltación de la Cruz II», el poeta



▲ Cubierta poemario *A la vera de la Cruz*



▲ Dibujo de A. Alén para ilustrar el poemario *A la vera de la Cruz*

le pide al Señor compartir la carga de la pena que la Cruz supone. El salmantino Ángel de Pablos Chapado, en su soneto «Milagro fue», delinea como milagro los símbolos del agua y la luz que experimenta el hombre ante la contemplación del dolor; en «Tenía sed» es el cuerpo de Cristo el que se hace agua para saciar al hombre. Para el zamorano Daniel Pérez, en «Cruz sola», el mal de la Cruz sirve para sacar al hombre de su acomodo; y en «Cruz habitada» es esta la que hace humano al Dios, al acogerlo en su dolor. El salmantino José Luis Puerto habla de la luz que a todos entrega la figura del Cristo en la Cruz, especialmente a los más pequeños y desfavorecidos, a quienes transforma en bienaventurados. José Manuel Regalado, salmantino, pinta un fresco en el que la Cruz es amor, vuelo, árbol alto, lluvia, herida y redención, cruzado todo ello por el deseo. La madrileña Marcelina Regalado Sánchez, en «Divino leño», parte de la pregunta sobre quién salvó al madero de ser brasa para convertirlo en soporte de la culpa humana, para responder que su misión consistió en ser el lugar de la redención de Dios. El asturiano Emilio Rodríguez traza en el texto «Cimiento de las horas» el

perfil de un árbol como espacio de la ascensión, así, el hombre que llega de un desierto encuentra en sus ramas la calma. El burgalés Teodoro Rubio Martín, en «Viernes Santo», considera que el Cristo en la Cruz calma la sed del hombre, y su voz, expresada en 7 palabras, es sabiduría. El palentino Elpidio Ruiz Herrero se pregunta, «Ante el Crucificado», por el sentido del dolor y le pide, reconociendo su cobardía, el cambio de vida. El salmantino Antonio Sánchez Zamarreño en «Mi Cruz más cruz padrea en la memoria» asocia este signo del sufrimiento extremo con el dolor experimentado por la muerte de los progenitores, idea en la que profundiza en «Crucifixión entre dos padres», donde la simbología de la Cruz representa la vertical ausencia del padre y la horizontal de la madre. La vizcaína Blanca Sarasua, en «Ecografía de una Cruz», declara que esta representa la oscuridad sin luces, y en «El Cristo de la Laguna» alude a la presencia unamuniana en el Cristo de la Ermita. El palentino Francisco Soto del Carmen pide perdón ante la Cruz en «Retorno al Padre» y se siente abrazado por el Cristo. En «Al Cristo de mi celda» este autor reconoce al Señor como paz, esperanza, amigo y roca, afirmando su permanente presencia en su vida. El zamorano Jesús Hilario Tundidor proclama hermosamente que tocar lo que se ama es transformarse, aludiendo al episodio de que «La Verónica limpia el rostro de Jesús». El salmantino Raúl Vacas, en «José Hierro» y en «Desde el principio hasta el fin», hace un homenaje a la luz desde la muerte. Finalmente, la zaragozana Josefina Verde, por su parte, en «Equipaje de vuelo», nos confiesa –en tres tiempos– su infancia crecida al amparo del ramaje sagrado, su oscuridad actual, y la creciente cercanía a la Cruz, signo en quien busca la sombra y la restauración, a través de la mirada de Cristo, de la luz antigua.

4. Los actos literarios

Si hay un acto semanasantero vinculado expresamente a la literatura, este es, sin duda, «El poeta ante la Cruz». Celebración originalísima y preciosa, característica de nuestra ciudad que –sin duda– tendrá imitadores con el tiempo en otras capitales españolas. Iniciado en 1986, «El poeta ante la Cruz» ha ido, sucesivamente, adquiriendo importancia y calidad tanto en sus intervenciones como en los poemarios presentados en él. Junto a «El poeta ante la Cruz», otro de los actos literarios reseñables es el pregón con el que se inicia la Semana Santa. Aquí citaremos solamente los casos en los que el pregonero ha sido un escritor, o los que el pregón se ha articulado en torno a algún aspecto literario reseñable.

4.1. *El poeta ante la Cruz*

«El poeta ante la Cruz», como hemos señalado, es uno de los actos más intensamente hermosos de la Semana Santa, ya que en él se vincula la estética literaria formal del poemario con el contenido espiritual –inevitablemente autobiográfico– expresado en él. Organizado anualmente desde 1986 por la Real Cofradía Penitencial de Cristo Yacente de la Misericordia y de la Agonía Redentora, en él, «coexisten –como ha escrito el poeta Ferreira Cunquero– como vivencias que se intuyen, letanías apagadas en el vientre catedralicio. Voces de pretéritos tiempos, que dejaron huellas de oraciones conmovidas, mezcladas con espíritu de permanencia inamovible»[12].

El acto es, por tanto, un encuentro personal –cara a cara– entre el poeta y el Cristo de la Agonía Redentora en el espacio acogedor del coro de la Catedral Nueva. Esta declaración poética está, además, condimentada con la música del Coro Francisco Salinas[13], que va intercalando sus partituras entre los descansos de los poemas.

▲ A. S. Zamarreño en el acto *El poeta ante la cruz*

12 *El Adelanto de Salamanca*, 9-4-09.

13 El año 1999 por ser D. José L. Martínez Garvín, fundador y director de la «Agrupación Coral Eufónica», el poeta que realiza el acto ante la Cruz, este fue el coro que participó en el acto de « El poeta ante la Cruz». En el 2001, con la poeta M.ª Ángeles P. Ballestero, intervino el coro «Sociedad Coral Basauri» dirigido por D. Ius Pérez.

La experiencia personal del escritor es inenarrable por intensa, pero el auditorio que asiste al acto no solo participa de un acto público, sino que –por contra– la palabra lírica se vuelve cauce y permite la comunión de cualquier persona que asista al acto. No es de extrañar, por tanto, que haya ido cobrando vigencia, intensidad y calidad literaria de año en año. El acto se completa el Jueves Santo, en la procesión del Cristo Yacente, con la lectura de uno de los poemas ante el convento de Santa Isabel, donde las religiosas salen a recibir al que fuera su Cristo, y se celebra el acto llamado «trilogía de la pasión», que suma poesía, música y oración.

La idea primera del acto correspondió a Ángel Ferreira, como bien nos ha narrado Javier Blázquez:

> Llegaba la Semana Santa de 1986 y había cofradía, sede e imagen para poder salir en procesión. El número de hermanos no era, sin embargo, el mínimo para poder organizar un desfile en condiciones. Así que se optó por demorar un año el estreno. En este contexto surgió la idea de «El poeta ante la Cruz». No podía transcurrir otro año sin que la cofradía hiciera nada y por ello Ángel Ferreira, el hermano mayor de la junta de fundadores, propuso llevar el Cristo hasta el coro de la Catedral Nueva y que allí, un poeta, a modo de oración, recitase sus versos contemplando los misterios de la pasión de Cristo. Al plantear el proyecto al cabildo, uno de sus canónigos, Victoriano García Pilo, sugirió la posibilidad de incorporar un coro al acto para que entre poema y poema entonase algún motete o canto penitencial, de manera que los asistentes tuviesen un tiempo de reflexión. Y así se hizo. El Domingo de Pasión de 1986, con los versos de Jesús Ricardo Rasueros y los cantos de la coral Cristóbal de Morales, nacía «El poeta ante la Cruz», que hoy en día es uno de los actos verdaderamente de categoría que organizan las cofradías salmantinas[14].

La lista de participantes durante estos años ha sido la siguiente: 1986: Jesús Ricardo Rasueros; 1987: Antonio Lucas Verdú[15]; 1988: José Ledesma Criado; 1989: José Manuel Ferreira Cunquero; 1990: María José Boyero Rodríguez; 1991: Charo de Irureta Rodríguez; 1992: Pedro Hernández Puerto; 1993: Isidro Marcos de Paúl; 1994: María de los Ángeles González Recio; 1995: Raúl Vacas Polo; 1996: Pilar Ballestero Blázquez; 1997: Ricardo Bravo López; 1998: José Manuel Regalado García; 1999: José Luis Martínez Garvín; 2000: Josefina Verde Ropero; 2001: M.ª Ángeles P. Ballestero; 2002: José María Sánchez Terrones[16]; 2003: Asunción Escribano Hernández; 2004: Luis Frayle Delgado; 2005: Juan Polo Laso; 2006: Juan José Sánchez Benito; 2007: Ángel María de Pablos Aguado; 2008: Mercedes Marcos Sánchez; 2009: Antonio Sánchez Zamarreño.

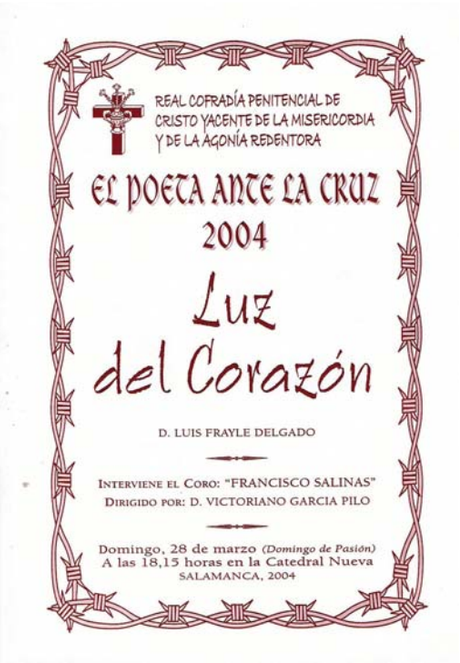
Por ser un acto este, como hemos señalado anteriormente, en el que el encuentro entre la mirada del poeta y la del Cristo es fundamental y el auditorio ejerce de testigo del personal encuentro, los poemas son tremendamente emocionales y personales. En este sentido son frecuentes las expresiones vehementes de los escritores, y no es extraño, por tanto, escuchar enunciados como el de Isidro Marcos de Paul, cuando escribe: «A tus pies lloro» o «El dolor me acompaña siempre». No es de extrañar tampoco que el propio Cristo de la Agonía Redentora protagonice –en forma de homenaje– muchos de los poemas, como el soneto titulado precisamente así, «Al Cristo de la Agonía Redentora» de José Ledesma Criado, en el que el Cristo es agua para la sed y camino para alcanzar la luz. También este es el título del texto con el que finalizó el acto de «El poeta ante la Cruz» J. M. Ferreira Cunquero, en el que la descripción se sumaba a la proyección de la emoción sobre las catedrales y las calles que sienten, al pasar por ellas, la tristeza y el dolor del Cristo. Igualmente, este mismo Cristo protagoniza el poema titulado «Oración al Santo Cristo de la Agonía Redentora» de Charo de Irureta, en el que la escritora se conduele del dolor del Dios sufriente y le declara su amor; o el soneto «Al Cristo de la Agonía» con el que finaliza su intervención Isidro Marcos de Paúl suplicándole al Cristo fe, esperanza amor y paz. También le dedica un texto titulado «Redentora agonía» al Cristo M.ª Ángeles P. Ballestero. En él el Cristo es el nudo donde se dan cita los seres más afables de la tierra: flores, aves, niños, mujeres y hombres de paz.

«Al Cristo de la Agonía» se titula, de la misma manera, el soneto precioso de Ángel María de Pablos que concentra en sus versos la experiencia terrible de la sed, no tanto de agua como de ternura, del Cristo. Este escritor dedicará, en su intervención, otros dos poemas

14 Blázquez Vicente, J. «El poeta ante la Cruz», en *Cruz de Guía*, nº 26, 2009, p. 5.

15 El año de la participación de Lucas Verdú estaba previsto que el poeta fuera Francisco Soto del Carmen. Una enfermedad impidió su participación y Antonio Lucas Verdú hizo un recorrido lírico por distintos poetas que habían escrito sobre la Pasión de Cristo.

16 Conocido rapsoda salmantino que ese año leyó los textos de Miguel de Unamuno seleccionados por José Manuel Regalado. Dividida su intervención en cinco partes, en la primera se leyeron los poemas «¿En qué piensas Tú, muerto, Cristo mío?», «Eucaristía» y «Ciervo». En la segunda, «¡Se consumó!, gritaste con rugido». En la tercera, «El rótulo», «Cuerpo» y «Manos». En la cuarta parte, «La llaga del costado» y «Soporte-Naturaleza». Y, finalmente, en la quinta, «Muerte», «Ansia de amor» y la «Oración final».


REAL COFRADÍA PENITENCIAL DE
CRISTO YACENTE DE LA MISERICORDIA
Y DE LA AGONÍA REDENTORA

EL POETA ANTE LA CRUZ
2004

Luz
del Corazón

D. LUIS FRAYLE DELGADO

INTERVIENE EL CORO: "FRANCISCO SALINAS"
DIRIGIDO POR: D. VICTORIANO GARCIA PILO

Domingo, 28 de marzo *(Domingo de Pasión)*
A las 18,15 horas en la Catedral Nueva
SALAMANCA, 2004

▲ Portada folleto del poeta ante la Cruz (Luis Frayle)

POETA 2008

AL CRISTO DE LA AGONÍA REDENTORA EN EL CRUCERO DE LA CATEDRAL DE SALAMANCA

De tanto mirarte aquí,
a la luz de este crucero,
te tengo en mí todo entero,
todo entero estás en mí,
en mi corazón impreso.

Y si me miras allí,
allí te verás colgado,
sobre el hombro desmayado
el peso de tu perfil
por la muerte recortado.

Y si me ves respirar,
verás que yo en Ti respiro
y que respira conmigo
quien te viene a contemplar
con el corazón herido.

De tanto mirarte aquí,
a la luz de este crucero,
te tengo en mí todo entero,
todo entero estás en mí,
en mi corazón impreso.

De tanto mirarte, sí,
te he hecho uno con mis ojos.
Así todo es más hermoso
mirado a través de Ti.
En ti he dejado mis ojos.

POETA 2008

Los he dejado en tu piel,
los he dejado en tus manos,
en la plata de los clavos
y en el dolor de tus pies
por mí así desgarrados.

Y he dejado en tu costado
los besos de mi pupila.
Tu costado, que destila
un amor tan desatado
que a fuerza de sufrir, limpia.

De tanto mirarte aquí,
a la luz de este crucero,
te tengo en mí todo entero,
todo entero estás en mí,
en mi corazón impreso.

¡Oh Cristo de la agonía,
gracias porque no estás muerto,
y cada día, de nuevo,
respiras conmigo, en mí,
desde esta cruz del crucero!

De tanto mirarte aquí,
a la luz de este crucero,
te tengo en mí todo entero,
todo entero estás en mí,
en mi corazón impreso.

Coro: OH DOMINE JESU CHRISTE

▲ Interior del poemario de Mercedes Marcos para El poeta ante la Cruz

más al Cristo agónico y yacente: uno titulado «Humillado ante el Cristo yacente», en el que el poeta siente el desconsuelo del dolor; y el otro «A la dulce agonía de Cristo», paradoja que esconde la contradicción sentimental que el Cristo sufriente genera en el hombre que lo contempla. A ambos, añade otro final, «Meditación ante la muerte de Cristo». Precisamente, el término «agonía» dará título al magnífico poemario de Mercedes Marcos Sánchez, que se cierra con un texto titulado «Al Cristo de la Agonía redentora en el Crucero de la Catedral de Salamanca», y en el que la mirada entre poeta y Cristo les transforma a ambos –como ya pasara en san Juan de la Cruz con sus ojos deseados «que tengo en mis entrañas dibujados»– en un mismo ser. Así dice la poeta: «De tanto mirarte aquí,/ a la luz de este crucero,/ te tengo en mí todo entero,/ todo entero estás en mí,/ en mi corazón impreso». Igualmente Antonio Sánchez Zamarreño incorpora un poema al Cristo al que declarará su amor en la catedral: «Oración ante el Cristo de la Agonía redentora», primer texto de su hermoso poemario. Poema de una belleza sorprendente que expresa la contradicción amorosa del poeta ante un Dios inmenso que decide morir («¿Qué Trinidad es esta? ¿Un Dios desnudo/ con dos ladrones que le dan escolta?), y ante hombres que matan a quien más les ama («Y alrededor, como un fuego rabioso,/ voces de alambre, salivazos, mofas.»). Zamarreño, como ya había ocurrido antes con otros poetas, dedicará otros textos al Cristo Yacente: «Meditación ante el Cristo Yacente» y dos «Sonetos a la talla del Cristo de la Agonía Redentora», articulados en torno a los cuatro elementos presocráticos: tierra, aire, fuego y agua, que en su contradicción asumen la naturaleza total y unitaria del Cristo hombre.

Los distintos momentos de la Pasión configuran temáticamente muchos de esos poemas. Así ocurre, por ejemplo, con los textos «La semana de Pasión» o «El sepulcro vacío» de Charo de Irureta; o con el poemario de Raúl Vacas Polo, quien avanza desde la «Premonición» de que «La historia estaba escrita en la memoria/ de aquel que consagró su cuerpo y sangre» hasta el poema final de la «Resurrección de Jesús», donde retomando la expresión inicial en estructura circular, cierra el poemario al afirmar que «La muerte que escribiste sin adiós/ con letra de tu sangre, en el madero,/ murió junto al sepulcro el día tercero./ Hoy Cristo resucita, ¡Viva Dios». También es este el planteamiento de José L. Martínez Garvín que

escribe sus poemas con base en los textos evangélicos, que cita a la derecha de los versos que a ellos se refieren. Las citas evangélicas encabezan y orientan también los distintos poemas de Asunción Escribano, que comienza en «Jerusalén» y finaliza con los «Testigos» y «El discípulo amado». Hasta Belén retrocede en su «Preludio» Juan Polo Laso su poemario al preguntar: «¿No fue ayer, que entre las pajas/ te vi radiante en la cuna» para acabar en el «Domingo de Pascua» y con los «Requiebros al Señor resucitado», donde el poeta pide: «Señor, abre tu gesto a nuestra lumbre».

De la misma manera, las palabras de Cristo son el cauce con el que se articula el poemario de María de los Ángeles González Recio. Desde la hermosa e incomprensible para el hombre de todo tiempo «Me muero de tristeza», hasta la séptima palabra «Todo está consumado», el poemario avanza por versos turbadores y hermosos como ¡Oh Padre amado, cuánto desconcierto/ doblándose al sentir del universo!, hasta la armonía resurrecta final del «Todo empieza ahora».

En otras ocasiones, el poeta no describe afectivamente los momentos de la Pasión, sino que, a través de una colección variada de poemas religiosos, expresa ante el Cristo sus propias emociones, como ocurre en el poemario de Pedro Hernández Puerto, en el que, a través de una segunda persona dirigida al Dios-Cristo, el poeta clama, comunica su tristeza y suplica y ora. Algo similar puede afirmarse de la colección de poemas de Pilar Ballestero Vázquez que combina momentos de la Pasión con oraciones y ofrendas personales, un «Saludo a María» y hasta una hermosa alegoría de la vida como «Mi barco», cuyo vigía es Jesús y el mástil, la Cruz. Ricardo Bravo López agrupa gran parte de su intervención en torno a las distintas dimensiones del Cristo: «Cristo en la Cruz», «El Cristo del Silencio», «Dios hombre», «El Cristo del Perdón», todas ellas proyecciones compasivas de un hombre impactado por el sufrimiento del Cristo-Dios.

Este será el enfoque, también, de parte de los poemas de Josefina Verde, quien emplea hermosas alegorías de la naturaleza, como la del mar, en muchos de sus textos para hablar de la grandiosidad de un Dios a quien el hombre no puede alcanzar en su pensamiento, al tiempo que intercala escenas de la pasión vividas desde su perspectiva afectiva de creyente. Por ello, en uno de los textos pregunta –recordando a la que hiciera ya antes el místico Juan de la Cruz en otro contexto– «¿Dónde habéis puesto a mi amante?/ Decídmelo, os lo suplico,/ colinas, tierras y bosques,/ aguas, rocas y caminos…». De la misma manera M.ª Ángeles P. Ballestero canta

▲ Trilogía de la Pasión en el convento de Santa Isabel

a la «Presencia del amor» en la Semana Santa salmantina, a la vez que llora en un poema al «Nazareno».

Especialmente hermoso es, en este sentido, el poemario de José Manuel Regalado García. El conjunto textual aparece estructurado en un solo bloque dividido en XXVII fragmentos –de mayor o menor extensión– en los que el poeta clama desconcertado a un Tú que siente más grande, y cuya muerte no acaba de comprender, a la vez que alterna su turbación con una angustiosa oración de amor por Él. Ese mismo «Tú» es a quien dirige su colección de poemas Luis Frayle Delgado, quien establece un diálogo con Cristo que suma agradecimiento: «Y me amabas, Señor bueno y clemente», con la pregunta por el Padre: «¿Dónde te escondiste, Dios oscuro?», y la confesión: «Ya ves, Señor, mi duro corazón,/ como Tomás, no cree/ si mi dedo no meto dentro de tus llagas». Pero si hay un poeta –finalmente– que se introduzca personalmente en el tiempo y vida de Cristo, este es Juan José Sánchez Benito. Este poeta escribe en «El carpintero del cielo» que «Fui aprendiz de carpintero/ que ayudó al Santo Varón San José/ hacerte la cuna-pesebre/ donde te colocó tu Madre María/ al poco rato de nacer», imaginando una hipotética situación lírica en la que el tiempo se pliega sobre el presente.

Finalmente, hay que decir que todos los poemarios han sido reunidos en un libro titulado *El Poeta ante la Cruz*, publicado en 2011 por la Diputación de Salamanca y por la Real Cofradía Penitencial de Cristo Yacente de la Misericordia y de la Agonía Redentora para conmemorar sus 25 años de existencia.

4.2. *El pregón*

Igual que ocurre con «El Poeta ante la Cruz», el pregón de la Semana Santa se ha instituido también, a lo largo de los años, como un lugar de encuentro de la cultura salmantina con la fe popular. A través de la vivencia personal del pregonero, el auditorio –habitualmente muy numeroso– se identifica con la experiencia del creyente que sirve de cárcava para la fe colectiva. Desde sus orígenes, en 1965, cuando Julio Gutiérrez Rubio, entonces alcalde de Salamanca, pregonó su fe, ser nombrado pregonero por la Junta Permanente de Cofradías y Hermandades de la Semana Santa de Salamanca se ha convertido en un motivo de honor para la persona elegida. Muchas, y con frecuencia muy cuidadas literariamente, han sido las experiencias transmitidas durante estos años por los pregoneros, entre los que se encuentran humanistas y escritores de gran relevancia intelectual. Entre ellos, por citar solamente a algunos, nos encontramos con Alberto Navarro, Torrente Ballester o Francisco Rodríguez Pascual; poetas como José Ledesma Criado que, como buen trovador, salpicó su intervención de citas literarias –especialmente líricas– propias y ajenas; o Josefina Verde, quien hizo un recorrido ascendente y poético por la Pasión de Cristo desde el silencio inicial, pasando por las sombras, hasta llegar a la Resurrección final.

▲ Ilustración de J. Prieto para una publicación cofrade

En otras ocasiones el carácter literario del pregón tuvo que ver también con su enfoque o la calidad literaria de sus referencias. Así ocurrió, por ejemplo, con el del mencionado ya Alberto Navarro González, quien en 1969 incluía en su pregón un recorrido por los poetas religiosos, que vivieron y cantaron en nuestra tierra, de fines del siglo XV y del XVI (Juan del Enzina, Lucas Fernández, Cristóbal de Castillejo y fray Luis de León), y poetas salmantinos de los siglos XVII al XX (Torres Villarroel, Meléndez Valdés, Ventura Ruiz Aguilera, Luis Maldonado, Gabriel y Galán y Miguel de Unamuno). Alberto Estella Goytre, por su parte, aparte del dominio literario que siempre ha tenido su magnífica prosa, centró la última parte de su pregón en la presencia de Dios en la poesía, a través de los versos de, entre otros, escritores como José M.ª Valverde, Unamuno, Fray Luis, Quevedo, José Hierro o san Juan de la Cruz…

Otros participantes aludieron también en sus pregones a escritores religiosos clásicos o contemporáneos. Algunos de ellos fueron Valeriano Gutiérrez Macías, Jesús Huerta Alonso, Zoilo Gascón Díaz, Eugenio García Zarza, José Román Flecha Andrés, José Antonio Pascual Rodríguez, Francisco Morales o Isabel Jiménez García… En este sentido, especialmente interesantes literariamente fueron las intervenciones de Rafael Duyos y de Charo de Irureta por ser elaboradas en forma de poesía, con la dificultad que ello conllevaba; y de forma semejante, la de Jesús Ricardo Rasueros, quien con su pluma iluminada recorrió poéticamente la Semana Santa.

Junto a «El Poeta ante la Cruz» y al Pregón con el que se inaugura la Semana Santa, hay que aludir al reciente acto oracional promovido por la Hermandad del Silencio titulado «Luz y palabra», en el que ambas dimensiones de la fe cobran protagonismo en las voces de los poetas participantes.

5. Los escritores

5.1. *Los clásicos*

Es de sobra conocida la tradición literaria que Salamanca ha mantenido a lo largo del tiempo y no pocos han sido los escritores vinculados a nuestra ciudad que, con el paso de los siglos, se han acercado a la Pasión de Cristo participando así, literariamente, de nuestra Semana Santa. Entre otros autores baste citar, por ejemplo, a clásicos como Juan del Enzina con su «Representación a la muy bendita Pasión y Muerte de Nuestro precioso Redentor», y su «Representación a la Santísima Resurrección de Cristo»; Lucas Fernández con su «Auto de la Pasión»; Cristóbal de Castillejo con su

«Intervención de la Cruz» y así hasta, ya en el siglo XIX, fray Diego José de Cádiz, que escribe un poema inspirado –según la tradición– en la imagen de Jesús Divino Redentor Rescatado[17]. Sin embargo, creemos conveniente, por su cercanía y por lo queridos que son en esta tierra, dedicar unas líneas a dos autores que escribirán pasajes o poemas vinculados, de alguna manera, con la Semana Santa salmantina más reciente. Estos son José M.ª Gabriel y Galán y Miguel de Unamuno.

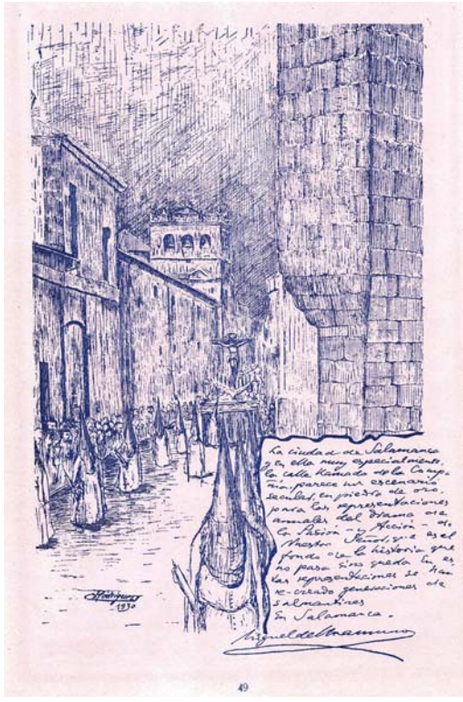
Gabriel y Galán compuso dos memorables alabanzas líricas: una titulada «Soledad»[18], dedicada a la Virgen de la Soledad, y otra titulada «La pedrada»[19], inspirada en un Nazareno rural y escrita por encargo de *El Lábaro,* periódico católico salmantino fundado por el padre Cámara en 1897. El primer poema, de carácter intimista, está dividido en tres partes. En la primera de ellas confiesa el paso de su «vivir feliz, sereno, lleno de fe sustanciosa…» de la infancia, al momento en que la sombra cubre simbólicamente con su oscuridad la vida:

¡ESPAÑA CON HONRA!

CRÓNICA RELIGIOSA.

Composicion del V. Fr. Diego de Cadiz, Relig. Capuchino.

▲ Versos de fray Diego José de Cádiz en *¡España con Honra!,* 1869



▲ Texto autógrafo de Unamuno sobre un dibujo de Rodríguez

> Y otro día –¡turbio día!–/ la misma mano que el cielo/ de mis venturas teñía/ con luz de rosa que un velo/ de eterna aurora fingía,// trajo nubes por Oriente,/ vibró el relámpago ardiente/ con cárdenos resplandores…/ ¡y el rayo cayó en la frente/ del amor de mis amores!// Y he sentido en torno mío/ las tinieblas del vacío/ con sus hondas ansiedades,/ y he sentido todo el frío/ de las grandes soledades…

En la segunda parte, el escritor desvía la mirada de su soledad, y la dirige a la de la Virgen a partir de una imagen procesional:

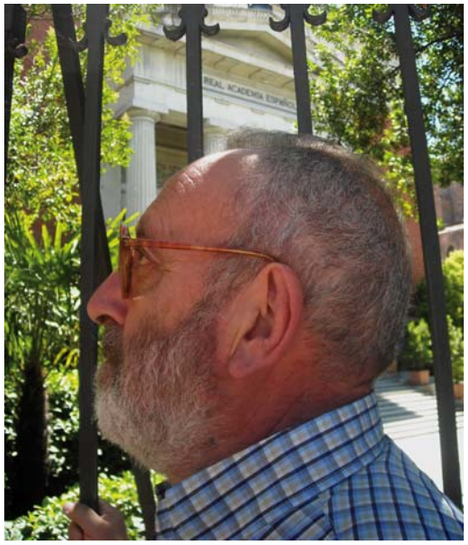
> ...muchedumbre de creyentes/ doloridos, reverentes,/ apiñados, silenciosos,/ bajas las pálidas frentes,/ turbios los ojos llorosos,// llevaban, triste, adelante/ del cortejo entristecido,/ la imagen interesante/ de la Madre más amante/ del hijo más dolorido.

La tercera supone un reconocimiento culpable, y el arrepentimiento posterior del escritor por haber contribuido con su traición y olvido a poner una espina más en el dolor de la Virgen, a la vez que asume el sentido perdón posterior:

> ¡Dulce estrella matutina!/ ¡Virgen de la Soledad!/ ¡Yo también puse una espina/ sobre la frente divina/ del Sol de la Humanidad!// Si Madre de Dios no fueras,/ ¿cómo el crimen perdonaras,/ ni en mis lágrimas creyeras,/ ni al Hijo por mí rogaras?

17 El texto fue publicado en *¡¡España con Honra!!* el 21 de marzo de 1869 y es un canto a la misericordia del Cristo ante el pecado mundano.
18 OOCC. Aguilar, Madrid, 1961, pp. 333-337.
19 *Ibidem*, pp. 311-315.

▲ El poeta salamantino José María Gabriel y Galán



▲ El escritor Ignacio Carnero

El poema es, por tanto, un modo precioso de confesión lírica, canalizada a través de la figura de la Virgen de la Soledad.

También presenta un planteamiento semejante, a la vez que ternario, la conocida y hermosa poesía «La pedrada», con dos partes iniciales, y un breve –de carácter moral– cierre final. La primera sirve para que el poeta reconozca su culpa ante la imagen del Nazareno y recuerde su infancia creyente, junto a los sencillos hombres y mujeres del campo que portaban la imagen:

> Y detrás del Nazareno/ de la frente coronada,/ por aquel de espigas lleno/ campo dulce, campo ameno,/ de la aldea sosegada,// los clamores escuchando/ de dolientes Misereres,/ iban los hombres rezando,/ sollozando las mujeres/ y los niños observando…

La segunda parte describe el fondo paisajístico al tiempo que el comportamiento de los acompañantes de la procesión, y se centra en un detalle muy tierno y significativo que pasa a ser el símbolo de toda una época, el hacer solidario de un niño que, ante la imagen del Cristo injustamente azotado, toma una piedra y se la lanza al torturador:

> ¡La escena a un tigre ablandara!/ Iba a caer el cordero,/ y aquel negro monstruo fiero/ iba a cruzarle la cara/ con el látigo de acero…// Mas un travieso aldeano,/ una precoz criatura/ de corazón noble y sano/ y alma tan grande y tan pura/ como el cielo castellano,// rapazuelo generoso/ que al mirarla, silencioso,/ sintió la trágica escena,/ que le dejó el alma llena/ de hondo rencor doloroso,// se sublimó de repente,/ se separó de la gente,/ cogió un guijarro redondo,/ miróle al sayón de frente/ con ojos de odio muy hondo,// paróse ante la escultura,/ apretó la dentadura,/ aseguróse en los pies,/ midió con tino la altura,/ tendió el brazo de través,// zumbó el proyectil terrible,/ sonó un golpe indefinible,/ y del infame sayón/ cayó botando la horrible/ cabezota de cartón.

El final, breve pero contundente, bosqueja en una estrofa la pregunta última, que aplica al tiempo que le tocó vivir y a la fe perdida en la madurez: «Hoy, que con los hombres voy,/ viendo a Jesús padecer,/ interrogándome estoy:/ ¿Somos los hombres de hoy/ aquellos niños de ayer?».

Miguel de Unamuno, por su parte, rector entonces de la Universidad salmantina, redactó un breve texto sobre la Semana Santa que fue publicado en la *Guía de la Semana Santa salmantina* de 1931. En él alude a las procesiones de la calle de la Compañía. El texto fue escrito por él en el espacio reservado en un dibujo de la procesión del Cristo de la Agonía, mientras marchaba en procesión por esta calle. El dibujo aparece firmado por J. Rodríguez y fue realizado en 1930. El texto dice lo siguiente:

> La ciudad de Salamanca, y en ella muy especialmente la calle llamada de la Compañía, parece ser escenario secular en piedra de oro para las representaciones anuales del drama de la Pasión y Acción de Nuestro Señor, que es el fondo de la historia que no pasa sino queda. En estas representaciones se han re-creado generaciones de salmantinos[20].

También la Plaza Mayor fue objeto de su interés como decorado procesional en el siguiente texto:

> Estas maravillosas plazas y calles salmantinas son un marco admirable a la profusión litúrgica de una procesión: La Plaza Mayor

20 El texto fue publicado de nuevo por la revista *Pasión en Salamanca* en su número de 2003, pp. 6-7.

parece haberse hecho para tales celebraciones, sobre todo a la caída de la tarde, al anochecer y con cirios y velas.

5.2. *Los contemporáneos*

Numerosas han sido las plumas literarias que en los últimos tiempos han contribuido con sus textos –relatos o poemas– a las diversas publicaciones sobre la Semana Santa salmantina. No podemos recalar por razones de espacio en todas ellas, pero sí nos gustaría llamar la atención, por su especial relevancia significativa y su abundante producción en los géneros más característicos de esta celebración cristiana, sobre dos de ellas: José Manuel Ferreira Cunquero, en el caso de la poesía, e Ignacio Carnero, en el del relato. Puesto que en ambos casos hemos ido analizando sus obras a medida que estudiábamos sus contribuciones en revistas y libros, no nos detendremos ahora demasiado en este análisis. Pero sí querríamos señalar, brevemente, que José Manuel Ferreira Cunquero es –sin duda–, por cantidad y calidad, el gran escritor lírico de la Semana Santa salmantina, que conoce profusa y detalladamente. Esto unido a su gran capacidad literaria y su magnífica facultad de producción ha hecho de él el poeta por excelencia de esta celebración en nuestra ciudad. Sus poemas presentan la originalidad de combinar los juegos literarios de luz y sombra, como si de un Caravaggio de la palabra se tratase, con la proyección del dolor de las gentes, que contemplan afligidas el paso procesional de las Vírgenes y Cristos, sobre los distintos elementos del paisaje urbano. De esta suerte que, mediante la técnica retórica de la personificación, sus poemas se convierten en testigos dolientes de esta experiencia charra radical y universal.

De Ignacio Carnero, por su parte, hay que decir lo propio en relación con el relato sobre la Pasión de Cristo. Este magnífico escritor ha creado una preciosa serie de textos, que ha ido publicando –como ya hemos señalado anteriormente– en la revista *Pasión en Salamanca*. De él hay que afirmar que escoge para sus textos personajes, muchas veces secundarios en los relatos evangélicos, que se cruzaron en algún momento con Cristo, y recrea personal y humanamente este encuentro. De esta manera, sus protagonistas se vuelven símbolos de toda la humanidad, con sus cotidianas historias de abandono y redención, y nos dibujan a cada uno con nuestras espinas y rosas como acordes disonantes que solo la mirada de Cristo logra templar. La sustancia interna de estas historias está constituida, por tanto, de humanidad, técnica literaria y comprensión. Los personajes de Carnero, de linaje poco heroico, son transformados en el texto, e Ignacio, compadecido, les ofrecerá la segunda oportunidad que la vida –quizá– no les concedió tras el Encuentro.

6. Conclusiones

Terminamos este capítulo que relaciona la Semana Santa y la literatura afirmando –con contundencia– la magnitud, tanto en producción como en calidad técnica, de la literatura dedicada a la Semana Santa en nuestra ciudad. Son, en este sentido, muchas las firmas que con sus textos han ido ofreciendo un rostro de excelencia de la Semana Santa en Salamanca. Y sorprende, de este modo, cómo prácticamente todas las revistas han contado en algún momento con colaboraciones literarias. Desde firmas locales o con dimensión nacional, hasta escritores de reconocido prestigio internacional, lo cierto es que colaborar con las distintas publicaciones semanasanteras salmantinas se ha convertido en un motivo de prestigio intelectual.

En cuanto a los poemarios y relatos, son la expresión más duradera de un hacer literario que se ha visto plasmado, como forma de superación del tiempo, en publicaciones diversas. En este sentido, no estaría de más recordar, para una ciudad del alcance intelectual de Salamanca, la necesidad de recuperar un premio como el convocado durante varios años por la Tertulia cofrade «Pasión», cuya amplísima participación ha dado lugar a un género de relato, el semanasantero, cuyas peculiaridades, tanto temáticas, como estructurales y estilísticas, han hecho de él una tipología textual propia y diferenciada.

También es reseñable, en esta misma dirección, la originalidad de alguno de los actos literarios propios de esta ciudad, como así ocurre con «El poeta ante la Cruz», vinculado a esta celebración y a nuestra ciudad, que cada vez tiene mayor predicamento entre los ciudadanos. Esta oración lírica, de carácter intimista, se ha transformado en uno de los espacios literarios, en el que se suman espiritualidad, literatura y música, más reconocidos y admirados de Salamanca.

La Semana Santa es, en definitiva, como ya hemos señalado anteriormente, una celebración en la que se exalta la dimensión más hermosa de la fe: el sacrificio de un Dios hombre por sus hermanos, y la esperanza que, con su muerte, alumbra toda la historia. No es de extrañar, por tanto, que continúe alentando las palabras de los escritores, ya que, como hace Luis Rosales en uno de sus más bellos poemas, el hombre sigue preguntándole al Señor: «¿por qué sabe a madera mi voz cuando te nombro?». Sin la madera de la Cruz y su certidumbre luminosa, seguiremos caminando a oscuras por el tiempo.